




**EDIPO REY
DE SÓFOCLES**

Intervenido por
Paula Labeur



PAULA LABEUR es licenciada y profesora en Letras por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Dicta clases y coordina talleres de escritura en la UBA, la Universidad Nacional de San Martín, en la UNIPE y en el IES N° 1 «Dra. Alicia Moreau de Justo». Es coautora de *Clásicos y malditos. Para leer y escribir en lengua y literatura* (2014), así como de numerosos artículos sobre enseñanza de la lengua y la literatura y sobre literatura juvenil. Coordinó volúmenes colectivos como *Otras travesías. Cuaderno de bitácora para docentes* (2010) y *Leer y escribir en las zonas de pasaje. Articulaciones entre la escuela secundaria y el nivel superior* (2017, junto a Gustavo Bombini). Es coordinadora de la serie Problemas de enseñanza de la lengua y la literatura de la colección *Herramientas* de UNIPE: Editorial Universitaria.

**EDIPO REY
DE SÓFOCLES**

Intervenido por
Paula Labeur

EDIPO REY DE SÓFOCLES

Intervenido por
Paula Labeur



Versión en español de *Edipo rey*
por Gonzalo Carranza y Paula Labeur

Edipo rey de Sófocles: intervenido por Paula Labeur / Paula Labeur;
compilado por Paula Labeur. - 1ª ed. volumen combinado.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: UNIPE: Editorial Universitaria, 2018.
108 p.; 23 x 17 cm. - (Intervenciones / Paula Labeur; 1)

Traducción de: Gonzalo Carranza; Paula Labeur.
ISBN 978-987-3805-34-9

1. Literatura. 2. Identidad Cultural. 3. Literatura Clásica Griega. I. Labeur, Paula,
comp. II. Carranza, Gonzalo, trad. III. Labeur, Paula, trad. IV. Título. CDD 801.3

UNIPE: UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
Adrián Cannellotto
Rector

Carlos G.A. Rodríguez
Vicerrector

UNIPE: EDITORIAL UNIVERSITARIA
María Teresa D'Meza
Directora editorial

Rosina Balboa
Edición y corrección

María Heinberg
Diseño de colección

COLECCIÓN INTERVENCIONES
Edipo rey de Sófocles
Intervenido por Paula Labeur

Versión en español de *Edipo rey* por Gonzalo Carranza y Paula Labeur

© De la presente edición, UNIPE: Editorial Universitaria, 2018
Paraguay 1255 - (B1057AAS) Gonnet
Provincia de Buenos Aires, Argentina
www.unipe.edu.ar

1ª edición, noviembre de 2018

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción parcial o total,
el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro,
en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante
fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito
del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.

Esta edición, de 500 ejemplares, se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2018
en Altuna Impresores S.R.L., Doblas 1968, Ciudad de Buenos Aires.

ISBN 978-987-3805-34-9

PRESENTACIÓN

Intervenciones es una colección de clásicos entendidos como aquellas obras que siguen siendo leídas, que siguen aportando a nuestros modos de ver el mundo, que siguen produciendo escrituras.

En *Intervenciones*, el clásico funciona como una trama en la que se tejen otros textos que podrían venir a nuestra mente cuando levantamos la vista de la lectura, cuando la lectura del clásico nos devuelve a nuestro mundo, un mundo ahora intervenido por el *Edipo rey* de Sófocles.

El tema de la identidad como construcción sociocultural es el que convoca las intervenciones y orienta la lectura de *Edipo rey*. Las intervenciones –que se distinguen por su fondo gris– proponen una lectura con cortes, pero no fragmentaria porque el clásico aparece en su versión íntegra. Estas intervenciones abren *Edipo rey* al mundo contemporáneo, lo recolocan desde un prisma nuevo que lo pone a dialogar con otros textos de la cultura.

A lo largo del *Edipo rey de Sófocles* también aparecen consignas como pretextos para producir escrituras. Estos pretextos incitan, desafían, provocan, tientan a escribir los textos que «faltan»: textos inventados por el lector que se suman a la colección de textos que componen el *Edipo rey de Sófocles* de la colección *Intervenciones*.

Estas consignas de escritura quieren aguijonear a cualquier lector a escribir. A aquel lector que recuerda el *Edipo rey*, a aquel que lo tiene

como libro de cabecera o a aquel curioso de saber qué tienen para decirle los clásicos, esos libros «Leídos Hace Tanto Tiempo Que Sería Hora De Releerlos» y los «Libros Que Has Fingido Siempre Haber Leído Mientras Que Ya Sería Hora De Que Te Decidieses A Leerlos De Veras», según las categorías inventadas por Italo Calvino cuando sigue a su Lector por los laberínticos anaqueles de una librería en la que podría toparse con un volumen de *Intervenciones* como el que ahora usted tiene en sus manos.

El lector puede encontrar este volumen en la escuela, en las horas de Lengua y Literatura. Allí, los pretextos no le proponen investigar, ni «hacer» nada por fuera de la escritura/lectura; no requieren de explicaciones docentes acerca de diversos saberes disciplinares previos. Aceptar el desafío o el convite de cada pretexto es zambullirse, desde el *Edipo rey* y las intervenciones, en una situación de escritura que habilita a aprender acerca del texto, la escritura y la literatura. El clásico se lee y escribe con otros, docentes y compañeros que renuevan, otra vez, la presencia de *Edipo rey* de Sófocles en la cotidianeidad de la vida.

EDIPO REY DE SÓFOCLES

INTERVENIDO POR PAULA LABEUR

La acción transcurre en la puerta del palacio de Edipo, en Tebas. Allí se ha arrodillado, en actitud de súplica, un numeroso grupo de tebanos. Llevan ramas de laurel y olivo. Entre ellos se halla el anciano sacerdote de Zeus. Edipo sale del palacio y los mira un instante.

EDIPO Hijos míos, ¿por qué han venido ante mí? La ciudad está llena de incienso, de plegarias y lamentos. No he querido enterarme por mensajeros de lo que está sucediendo, sino que he decidido hacerlo por mí mismo. Anciano, ¿por qué han venido a verme, por qué están inclinados ante mí? Yo estoy dispuesto a ayudarlos en lo que sea necesario. **Sería un hombre insensible si no me conmoviera el dolor que ustedes muestran.**

SACERDOTE Edipo, señor de mi tierra, aquí nos hemos reunido los viejos abrumados por los años y los jóvenes que aún no tienen fuerzas para volar lejos del nido. El resto del pueblo se ha congregado en los altares de los dioses. Tebas, como lo estás viendo, está sumida en la mayor de las desgracias: los brotes de la tierra se secan en los campos, el ganado agoniza y las mujeres se vuelven estériles. La peste azota nuestra ciudad. Los hombres mueren y el Hades se llena de nuevos llantos y gemidos. Edipo, nosotros no creemos que seas un dios, pero te reconocemos como el único mortal que puede socorrernos

en esta desgracia y obtener para nosotros el auxilio de los dioses. Así como cuando llegaste a nuestra ciudad, nos liberaste de la terrible Esfinge, ahora, Edipo, te pedimos que vuelvas a salvar a Tebas con la ayuda de los dioses. Que nadie diga que nos socorriste para luego dejarnos caer en el vacío: ¿de qué valen fortalezas y navíos si no hay hombres en ellos?

EDIPO Sé que todos ustedes están sufriendo, pero ninguno tanto como yo. Cada uno de ustedes sufre su propio dolor, en cambio mi alma gime al mismo tiempo por mí mismo, por ustedes y por Tebas. No crean que ignoro los males que padece nuestra ciudad. He derramado muchas lágrimas, he cavilado mucho, y finalmente he tomado el único camino que encontré. Envié a Creonte, mi propio cuñado, a consultar al dios Apolo en el oráculo de Delfos para que averigüe qué debo hacer para poner a salvo a nuestra ciudad. Todavía no ha vuelto y me pregunto la causa de su demora. Pero en cuanto regrese, yo sería un hombre malvado si no hiciera lo que exige el dios.

SACERDOTE Hablaste en buen momento, Edipo: me indican con señas que Creonte se está acercando.

EDIPO ¡Oh, Apolo! Ojalá que las palabras del dios sean tan esperanzadoras como el radiante semblante de Creonte.

SACERDOTE En efecto, creo que trae buenas noticias porque de otro modo no vendría con la cabeza coronada con ramas de laurel.

EDIPO Pronto lo sabremos. Creonte, ¿qué respuesta nos ha dado el dios?

CREONTE Una buena. El oráculo dice que nuestras desgracias pueden convertirse en buenas noticias si obramos correctamente.

EDIPO Pero ¿cuál es la respuesta? Con lo que dijiste no estoy ni más tranquilo ni menos asustado.

CREONTE ¿Hablo aquí o dentro del palacio?

EDIPO Aquí, ante todos, porque sufro más por ellos que por mí mismo.

Yo

Pinte la yema de su dedo pulgar con marcador.

Apóyela firmemente en un papel hasta lograr que se imprima.

Escanee la imagen lograda.

Agrándela hasta un tamaño A4. También puede hacer una fotocopia aumentada hasta ese tamaño.

En los espacios en blanco que su huella dactilar haya dejado, escriba un texto que responda al título «Yo».

Escanee la imagen lograda.

Borre las líneas dactilares con la goma de un programita de dibujo. O borre las líneas con un corrector en la misma página que usó para escribir.

Maravílese con el caligrama resultante.

CREONTE Voy a repetir entonces lo que me ha dicho el dios. Apolo nos ordena expresamente lavar una mancha que existe en nuestra tierra y no dejar que crezca hasta que no tenga remedio.

EDIPO ¿Cómo nos libraremos de esa calamidad?

CREONTE Desterrando al culpable o pagando una muerte con otra muerte. Porque ha sido sangre derramada la que causó las desgracias de Tebas.

EDIPO Pero ¿la muerte de quién señala el oráculo?

CREONTE Edipo, antes de que vinieras a gobernar esta ciudad teníamos un rey. Su nombre era Layo.

EDIPO Así me han dicho, aunque yo no lo vi nunca.

CREONTE Layo fue asesinado. Y el dios nos ordena castigar a los autores de ese crimen. No importa quiénes hayan sido.

EDIPO Pero ¿en qué lugar están? ¿Dónde podríamos encontrar la huella de un crimen tan antiguo?

CREONTE El dios dice que en esta tierra. Lo que se busca se puede encontrar, pero lo que se descuida se pierde.

EDIPO ¿Dónde estaba Layo cuando encontró su muerte? ¿En el palacio, en el campo o en otra tierra?

CREONTE Se había ausentado para consultar al oráculo de Delfos y no ha vuelto a su casa desde entonces.

EDIPO ¿Y no lo vio ningún mensajero o algún compañero de viaje que pudiera darnos alguna noticia?

CREONTE Todos murieron, salvo uno que huyó y que solo vio una cosa que puede contar con certeza.

EDIPO ¿Qué cosa? ¡Una sola podría servirnos para descubrir muchas otras y encender una luz de esperanza!

CREONTE El testigo dijo que Layo fue muerto por varios bandidos y no por un solo brazo.

EDIPO ¿Pero cómo un bandido se habría atrevido a tanto si no se hubiera arreglado el crimen desde aquí con dinero?

CREONTE Eso sospechamos, pero nuestros males eran tan grandes que no pudimos ocuparnos de vengar la muerte de Layo.

EDIPO ¿Y qué mal puede impedir averiguar quién mató a un rey?

CREONTE La Esfinge nos obligaba a pensar en los males presentes y descuidar los hechos inciertos.

EDIPO **Pero yo voy a sacar a la luz todo nuevamente desde el principio.**

Tiene razón Apolo en recordarnos esta muerte. Ustedes verán que yo seré un aliado de la Justicia. Tomaré venganza en nombre de esta tierra y también en nombre del dios. Y lo haré también en mi propio beneficio porque cualquiera que haya matado a Layo podría también matarme a mí. De manera que, al cumplir con él, me ayudará a mí mismo. Vamos, hijos míos, levántense y llévense esas ramas. Que uno de ustedes convoque al pueblo tebano porque yo me ocuparé de todo. Con la ayuda del dios saldremos airoso o todo el pueblo comprobará nuestro fracaso.

SACERDOTE Levantémonos, hijos, ya que el rey promete hacer lo que hemos venido a suplicarle. Ojalá que Apolo, el dios que nos ha enviado este oráculo, venga a salvarnos por fin y ponga término a esta peste.

(Edipo, Creonte, el Sacerdote y los suplicantes se retiran. El Coro, compuesto de nobles tebanos, entra en escena.)

Un caso del inspector Álvarez

A fines del siglo XIX, el criminólogo argentino de origen balcánico Juan Vucetich ideó un sistema que podía identificar a una persona por sus impresiones digitales sin ninguna posibilidad de error. Las huellas dactilares se conocían desde hacía siglos y también se sabía que no existen dos personas que repitan sus dibujos, pero hasta ese entonces nadie había podido establecer un sistema que pudiera clasificarlas para de esa manera identificar a un sospechoso. El libro de Vucetich, *Dactiloscopía comparada*, revolucionó los métodos de investigación criminal y pronto fue adoptado por todas las policías del mundo.

El primer caso criminal que fue resuelto gracias al método de Vucetich ocurrió en los suburbios de Necochea el 29 de junio de 1892. La ciudad estaba horrorizada y no era para menos: las víctimas eran un niño de seis años y su hermana de cuatro. Ambos habían sido degollados con un cuchillo que el asesino había intentado esconder en un resquicio del techo de paja del rancho donde vivían los pequeños. También la madre de las criaturas había sido herida, pero el corte no era profundo y Francisca Rojas, que ese era su nombre, había logrado sobrevivir. La mujer se encontraba en estado de shock, pero de todas maneras logró acusar a Pedro Velázquez, un gaucho que trabajaba en una chacra de su marido. Todos los vecinos sabían que el matrimonio estaba roto. Las peleas eran frecuentes y muchas veces terminaban en gritos y amenazas.

El caso parecía resuelto, pero para el inspector Álvarez, que había sido enviado desde La Plata para atrapar al culpable, existían algunos cabos sueltos. Velázquez, que no era un hombre violento, no parecía capaz de cometer un crimen semejante por encargo de su patrón. Además estaba la cuestión del arma. El cuchillo que había matado a

los niños no era propiedad del acusado sino que pertenecía a la casa de las víctimas. ¿Acaso Velázquez había llegado a ese rancho sin contar con un arma adecuada? Y si la tenía ¿por qué había utilizado ese cuchillo? ¿Y por qué en lugar de tirarlo al pozo antes de abandonar el lugar, lo había ocultado en un sitio que solo podía conocer alguien que estuviera familiarizado con la casa? Una mancha de sangre cercana a la puerta terminó por resolver el enigma. El método de Vucetich probó la hipótesis más terrible: los niños habían sido asesinados por su propia madre. Antes de ser llevada a juicio, la mujer confesó su responsabilidad. A pesar de tener sus facultades mentales alteradas, Francisca Rojas se había herido a sí misma para darle verosimilitud a su coartada.

Gonzalo Carranza, «Articulaciones» (fragmento), en Poe, Edgar Allan; Conan Doyle, Arthur; Collins, Wilkie; y Gaboriau, Émile, *Los padres del policial*, Buenos Aires, Red del Libro, 2005.

CORO ¿Qué palabras llegan desde la dorada Delfos a la ilustre Tebas? Mi corazón asustado palpita con miedo y angustia. Dios Apolo, ¿qué vas a pedirnos? Invoco primero a la inmortal Atenea, hija de Zeus, y a su hermana y señora de esta tierra, Artemisa, y finalmente también a Apolo, el que hiere de lejos. A los tres les pido que se presenten ante mí y nos protejan de la muerte. Como en otros tiempos defendieron la ciudad, háganlo también ahora. **El pueblo entero**

está enfermo y en nuestra mente no aparece ningún pensamiento que pueda aliviarnos.

Ya nuestra fecunda tierra no da frutos y las mujeres ya no sufren los dolores del parto. Nuestros hijos, uno a uno, como pájaros de rápidas alas, se precipitan a la muerte. Y así va despoblándose nuestra ciudad. Los cadáveres quedan tendidos en tierra sin ser llorados, sembrando y propagando el contagio. Las esposas y las madres de blancos cabellos imploran, llorando, al pie de los altares, el fin de sus amargas pruebas. Por todas partes se oyen himnos de súplica mezclados con ayes de dolor. Dorada hija de Zeus, necesitamos tu ayuda. Te rogamos que el feroz Ares, que ha venido a atacarnos sin el bronce de los escudos, retroceda en la dirección opuesta a la de nuestra patria pues si la noche deja algo, el día viene a terminar con eso. Padre Zeus, dueño del poder del relámpago, te pedimos que lo destruyas con tu rayo. Soberano Apolo, quisiera que tus flechas lanzadas por cuerdas de oro nos defendieran. También invoco a Baco, el de la mitra dorada, y sus Bacantes para que acudan con sus antorchas fogosas contra ese dios al que nadie adora.

(Entra Edipo.)

Identificaciones

A continuación se hace una breve referencia a los criterios que, en forma combinada, utiliza el Indec para la identificación de la población de los pueblos indígenas en el Censo 2001 y su encuesta complementaria.

[...] *Autoidentificación o autorreconocimiento de la pertenencia a un pueblo indígena*: este criterio se basa en la consideración que la persona tiene de sí misma y en la declaración espontánea que realiza. Respeta el derecho a la autodeterminación. [...]

Origen étnico (ascendencia indígena): este criterio consiste en la identificación de la pertenencia étnica de los antepasados del respondente. Es un indicador altamente sensible ya que capta a aquellas personas que tienen ascendencia indígena independientemente si se consideran ellas mismas indígenas o no. Por lo tanto su utilidad para la determinación de la población indígena depende de la combinación con el criterio de autoidentificación.

Instituto Nacional de Estadística y Censos (Indec), fragmento del «Capítulo 1. Antecedentes» de la «Encuesta Complementaria de Pueblos Indígenas (ECPI) 2004-2005». Disponible en: <www.indec.gov.ar/micro_sitios/webcenso/ECPI/index_ecpi.asp>.

EDIPO (*dirigiéndose al Corifeo*). Si escuchan mis palabras y obran correctamente, nuestros males tendrán alivio. Nada sé de los hechos ni de las versiones que sobre ellos se cuentan. Hoy soy un ciudadano más entre los ciudadanos, no podré entonces seguir ninguna pista de no tener algún indicio claro. Pero les diré a todos ustedes lo siguiente: quienquiera que sepa a manos de quién murió Layo le ordeno que me lo diga. Que no tema ninguna acusación pues saldrá de esta ciudad sano y salvo. Y si alguien sabe que el autor de esta muerte es de otra tierra, que no calle porque le daré una recompensa a la que añadiré el agradecimiento. En cambio, si callan, haré lo siguiente y es necesario que me escuchen: prohíbo a todos los habitantes de esta tierra sobre la que se extienden mi poder y mi trono, que reciban a ese hombre, sea quien fuere; que le dirijan la palabra; que lo admitan en las plegarias comunes y en los sacrificios a los dioses. Por el contrario, ordeno que todos lo echen de su casa como la mancha que es para nosotros, tal como nos lo ha dicho el dios. De este modo, me convierto en un aliado de la divinidad y del rey muerto. Maldigo al autor del hecho, sea uno o varios; que el miserable se vea condenado a una vida de desgracia y exclusión. Añado este voto: si llego a saber que el culpable es alguno de aquellos con quienes comparto mi hogar, ¡que yo padezca las mismas penas que acabo de declarar! A todos les ordeno que cumplan lo que dicen mis palabras en nombre de mí mismo, del dios y de esta tierra condenada a perecer ante nuestros ojos, agotada por la esterilidad y arruinada por el abandono de los dioses. Ahora bien, también es cierto que aunque la actual empresa no hubiera sido promovida por un dios, tampoco sería correcto dejar las cosas como estaban, cuando ha muerto un hombre excelente y rey de esta tierra ya que habría que haber hecho una investigación exhaustiva. Y ahora, ya que tengo los poderes que Layo poseía, ya que ocupó su lecho y su mujer es mi esposa, y nuestros hijos hubieran cre-

cido juntos si la desgracia no hubiera caído sobre su cabeza; atendiendo a todas esas razones, como si él hubiese sido mi padre, me constituiré en su vengador e intentaré todo para hallar al asesino que mató con su mano a Layo, hijo de Lábdaco, nieto de Polidoro, bisnieto de Cadmo y tataranieta del antiguo Agenor, padre de todos. Y para los que no cumplan con lo que he dicho, pido a los dioses que no surja cosecha de sus tierras ni hijos de sus mujeres y que perezcan por la calamidad actual o incluso por una peor. En cambio, ustedes, los que están de acuerdo con mis palabras, que la Justicia les sea solidaria y los dioses, propicios.

CORIFEEO Ya que tus palabras recaen sobre mí, soberano, debo decirte que yo no maté a Layo ni puedo indicar quién lo hizo. Corresponde a Apolo, quien nos impuso esta investigación, decir quién lo hizo.

EDIPO Es cierto. Pero los hombres no pueden obligar a los dioses a hacer lo que no quieren.

CORIFEEO Tengo también un segundo comentario.

EDIPO Y si hay un tercero, también quiero escucharlo.

CORIFEEO Conozco a un hombre, el adivino Tiresias, sirviente de Apolo, que puede ver más que cualquier otro mortal. Interrogándolo se podría saber todo lo que pasó, señor.

EDIPO No lo he descuidado: por consejo de Creonte, he enviado dos mensajeros a buscarlo y me asombra que aún no haya llegado.

CORIFEEO Mejor así; las demás cosas que se dicen son confusas, viejas historias.

EDIPO Pero ¿qué se dice? Quiero examinar todas las versiones.

CORIFEEO Se dijo que Layo murió a manos de unos caminantes.

EDIPO Yo también lo he oído decir; pero nadie conoce al que lo vio.

CORIFEEO Pero ahora, después de tus maldiciones, no soportará seguir en silencio.

EDIPO Quien no teme obrar, tampoco teme a las palabras.

(Entra el adivino Tiresias, conducido por un muchacho.)

Lugares

Equípese con papel, birome, cámara de fotos o celular, y salga a recorrer su barrio o localidad.

Camine lentamente por «esa porción de la ciudad en la que no se desplaza fácilmente a pie o, por decirlo en forma de perogrullada, la parte de ciudad a la que no hay que trasladarse, puesto que precisamente ya estamos en ella», en palabras de Georges Perec en *Especies de espacios*.

Oblíguese a ver. Mire con detenimiento. Deténgase en calles, paredes, cruces, veredas, carteles, pasacalles, puertas.

Tome notas lo más neutras posible que describan los lugares que usted está recorriendo. Saque fotos.

Con todos los datos recopilados, escriba un artículo para la Wikipedia.

Rehaga el recorrido anterior. Oblíguese a recordar. Evoque acontecimientos que ocurrieron allí y personas que encontró alguna vez. Tome notas de esos recuerdos.

Escriba el guión de un documental de tres minutos.

- CORO** Aquí llega el viejo adivino, el único hombre en quien reside la verdad, el único que podrá desenmascarar al culpable.
- EDIPO** ¡Tiresias, conocedor de todas las cosas, de las enseñables y las secretas, de las celestes y las terrenales! La ceguera no te impide ver con toda claridad la terrible enfermedad que asola nuestra tierra. Apolo contestó a nuestros enviados que solo podríamos liberarnos de esta enfermedad dando muerte a los asesinos de Layo o desterrándolos del país. Te pedimos entonces que utilices el vuelo de las aves o el método de adivinación que te parezca conveniente para limpiar a la ciudad y a todos nosotros. Estamos en tus manos. Que un hombre preste servicios con lo que tiene y puede es la más bella de las tareas.
- TIRESIAS** ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué terrible es tener conocimiento cuando no soluciona nada al que lo tiene! Yo ya lo sabía, pero lo he olvidado, de lo contrario no habría venido.
- EDIPO** ¿Qué ocurre? Apenas has llegado y ya te veo desalentado.
- TIRESIAS** Ojalá me dejaras volver a casa. Sería, sin duda, lo mejor para los dos.
- EDIPO** Tus palabras no son justas, ni veo en ellas sentimientos de benevolencia para esta ciudad que te ha criado.
- TIRESIAS** Sucede que veo que tu petición no es oportuna y tampoco te conviene. Y no quiero que a mí me pase lo mismo...

(Tiresias hace un movimiento para retirarse.)

- EDIPO** ¡Por los dioses! No nos vuelvas la espalda, aquí nos tienes a todos suplicándote.
- TIRESIAS** Ustedes no entienden nada. Jamás revelaré mis males por no decir los tuyos.
- EDIPO** ¿Qué estás diciendo? De manera que sabiendo lo que ha ocurrido ¿nos traicionarías y dejarías destruir la ciudad?
- TIRESIAS** Para no causar dolor. No quiero afligir a nadie, ni al rey ni a mí. ¿Por qué interrogarme de este modo? Por mí no te enterarás de nada.

- EDIPO** Maldito entre los malditos. Harías enojar a una piedra. ¿No hablarás de una vez? ¿Continuarás mostrándote inflexible?
- TIRESIAS** ¿No te das cuenta de que el enojo que ves en mí es de igual manera el tuyo?
- EDIPO** ¿Y quién no se sentiría irritado oyendo tus palabras, que no expresan otra cosa que no sea el desprecio hacia esta ciudad?
- TIRESIAS** Las cosas llegarán por sí mismas, aunque yo las oculte con mi silencio.
- EDIPO** Tu obligación es justamente decirme lo que va a acontecer.
- TIRESIAS** No diré más. Aunque te enojos con la ira más salvaje.
- EDIPO** Y en verdad con la cólera que siento no callaré lo que pienso. Yo creo, Tiresias, que instigaste el crimen aunque no lo cometiste con tus propias manos. Pero si tus ojos vieses, yo diría que la responsabilidad es toda tuya.
- TIRESIAS** ¿De verdad? Ateniéndote a las palabras que hoy mismo has pronunciado, desde este día no nos dirijas más la palabra ni a mí, ni a estos porque **vos sos, Edipo, el impío que mancha esta tierra.**
- EDIPO** Es muy imprudente decir esas palabras. No creo que puedas librarte de sus consecuencias.
- TIRESIAS** Ya estoy libre, porque llevo en mí la verdad.
- EDIPO** ¿Quién te la ha dicho? Esta verdad no depende de tu arte.
- TIRESIAS** ¿Quién? Vos mismo, Edipo. Vos me obligaste a hablar contra mi voluntad.
- EDIPO** ¿Qué? No entiendo tus palabras. Necesito que las repitas.
- TIRESIAS** ¿Acaso no las entendiste?
- EDIPO** No completamente. Vamos, necesito que lo expliques otra vez.
- TIRESIAS** Digo que vos sos el asesino que estás buscando.
- EDIPO** No te atrevas a decir dos veces ese insulto.
- TIRESIAS** ¿Y si dijera otras cosas para que te enojos más?
- EDIPO** Todo lo que quieras, pero será en vano.
- TIRESIAS** Digo que, sin saberlo, estás unido en forma vergonzosa con

tus seres más queridos y ni siquiera te das cuenta de la infamia en que vivís.

EDIPO ¿Pero acaso creés que vas a seguir hablando así alegremente?

TIRESIAS **SÍ, si es que existe alguna
fuerza en la verdad.**

EDIPO Claro que la tiene, pero no para vos. Tus oídos, tu mente y tus ojos están ciegos.

TIRESIAS ¿Y vos, Edipo? No sos más que un pobre desgraciado. Pronto tus propios reproches se volverán en tu contra.

EDIPO Vivís en una noche continua; no podrías dañar a nadie que vea la luz del día.

TIRESIAS Tu destino no es caer bajo mis golpes, Apolo se encargará de eso.

EDIPO ¿Creonte es el responsable de estos inventos o son tuyos?

TIRESIAS Creonte no es la causa de tus padeceres. Vos sos el responsable de tus males, Edipo.

EDIPO Riqueza, poder, saber... ¡qué envidia producen! El poder que Tebas me ha otorgado sin que yo se lo pida ha despertado en el fiel Creonte, mi amigo de los primeros días, el deseo de echarme y ha sobornado a este adivino tramposo, a este charlatán, a este pérfido impostor, que solo tiene ojos para las ganancias, pero que es ciego en su arte. Porque, vamos, Tiresias, ¿por qué no pronunciaste alguna palabra liberadora cuando la ciudad estaba bajo el poder de la Esfinge? Resolver ese enigma no era para un hombre cualquiera sino para alguien que conociera las artes adivinatorias. Y quedó probado que no las tenías, ni por medio de las aves, ni con la ayuda de los dioses. Pero entonces llegué, yo, Edipo, el que nada sabe, y acerté con mi inteligencia, sin ayuda de los pájaros. Y ahora querés sacarme del camino para sentar a Creonte en el trono y sentarte a su lado. ¿Cómo van a lavar esta mancha? Si no tuviera en cuenta tu edad y tus padecimientos ya hubiera ordenado un castigo por tus afirmaciones.

- CORO** A nosotros nos parece que tanto tus palabras, Edipo, como las del adivino han sido impulsadas por la ira. Y la situación no requiere de tales discusiones sino de cumplir con el oráculo del dios de la mejor manera.
- TIRESIAS** Aunque seas rey, Edipo, voy a contestarte de igual a igual ya que yo también tengo poder. No soy tu esclavo ni el de Creonte, sino que vivo sometido a Apolo. Ya que me echaste en cara que soy ciego, te voy a decir que aunque tus ojos están abiertos a la luz, no ves tu propia desgracia, ni dónde vivís ni con quiénes transcurre tu vida. No sabés de quién sos hijo. Y también ignorás que sos repugnante a todos los tuyos, tanto a los que moran en el Hades como a los que habitan, aquí, arriba, en la tierra. La terrible maldición que, por el lado de tu madre y de tu padre, te azota, te arrojará un día lejos de este país. Y si ahora tus ojos ven correctamente, entonces solo tendrás oscuridad y tinieblas. En ningún lugar tus lamentos encontrarán consuelo. Nadie responderá a tus gemidos cuando te des cuenta de la infausta boda a la que llegaste después de una feliz travesía. Tampoco te das cuenta de los males que aguardan a tus hijos. Podrás maldecir a Creonte y a mi boca, pero nadie entre los hombres será azotado por el destino como vos.
- EDIPO** ¿Tengo que escuchar semejantes cosas de los labios de este hombre? ¡Fuera de esta casa!
- TIRESIAS** Yo no hubiera venido aquí si no me hubieras llamado.
- EDIPO** Si hubiera sabido que ibas a decir tantas locuras, no te hubiera hecho venir.
- TIRESIAS** Puedo parecerte loco, pero para los padres que te engendraron resultaré razonable.
- EDIPO** ¿Qué padres? No te vayas. ¿De quién he nacido yo?
- TIRESIAS** El día de hoy te hará nacer y morir.
- EDIPO** ¡Qué oscuras y enigmáticas son siempre tus palabras!
- TIRESIAS** ¿No eras hábil en resolver enigmas?
- EDIPO** ¿Te burlás de lo que me dio la grandeza?

TIRESIAS Es precisamente esa grandeza la que te perdió.
EDIPO ¿Y eso qué importa, si por ella salvé la ciudad?
TIRESIAS Ya no tengo entonces más nada que hacer aquí. Niño, guíame.
EDIPO Sí, que se lo lleven. Una vez lejos, no causará más dolor.
TIRESIAS Me iré, pero no sin antes decir lo que me trajo aquí, sin temer tu mirada porque no está en tus manos mi perdición. Así, pues, te lo repito: ese hombre que andás buscando con amenazas y proclamas, el matador de Layo, ese hombre está aquí. Es extranjero, residente en nuestra ciudad; pero pronto saldrá a la luz que es tebano de nacimiento, y este descubrimiento no será para él motivo de alegría. Ahora, él ve y es rico. Pero se irá ciego y pobre. Pronto caminará por tierras extrañas tanteando el camino con su bastón, mendigando por sustento. Se hará evidente que es –a la vez– hermano y padre de sus propios hijos, también hijo y marido de la mujer que lo engendró y asesino de su padre, con el que compartió mujer. Y ahora entrá a tu palacio y reflexioná sobre estas cosas. Si encontrás algo falso, podrás decir que yo no sé nada de mi arte.

(Tiresias se va con el niño. Edipo entra a su palacio.)

El hijo y el archivo

Llegó el día. Mañana declaro ante el Tribunal Oral Federal de La Plata en la causa «Cacha». Declararé como hijo, como testigo, como víctima, como querellante por el secuestro y desaparición de mi mamá Ana Inés Della Croce y mi papá Rodolfo Jorge Axat, ocurridos en la madrugada del 12 de abril de 1977. Yo por entonces tenía siete meses y estaba en el momento de su desaparición; estaban también mi tía Cristina y mi abuela materna Nelly. Crecí con el relato de ellas sobre lo que ocurrió esa noche. Por eso, después de treinta y siete años, seré el testigo judicial de un momento que viví, pero mediado por la voz de mi familia.

En la víspera de una declaración judicial me atraviesa un vértigo sobre qué contar y no contar. Conozco perfectamente la forma de los relatos judiciales porque convivo a diario con los sistemas judiciales. Ahora seré yo el testigo de mi propio proceso. Pero, ¿cómo ser ese testigo? ¿Cómo hablar de un momento en el que tenía siete meses? Los mejores testigos deberían ser mis padres, aunque esa imposibilidad radical me pone en el banquillo a mí. Pero yo nunca podría ser ellos, como tampoco podría ser la voz de mi tía y de mi abuela. ¿Qué contar en el juicio? ¿Cómo contar mi vida? [...]

En esa investigación sobre mí mismo percibo que quise ser abogado para defender mi historia, para defender a mis padres. Yo quise llegar acá y dejar de ser víctima. Voy a hablar, voy a contar. Por fin soy testigo.

Desde hace meses que vengo estando presente en las declaraciones de mis compañeros, y estas preguntas nos las hicimos todos, cada uno a su manera. Nos juntamos a pensar esas declaraciones. ¿Ser testigos o no serlo? El cómo, el qué, el porqué, el cuándo. Esas son las preguntas que nos hacemos antes de llegar a los estrados. Discutimos el aspecto político y cómo acompañarnos. Desde afuera es sor-

prendente la imagen de los hijos delante de jueces y atrás, los asesinos de nuestros padres. Pero la más sorprendente es la de los nietos, nuestros hijos, mirando entre el público a sus padres hablando de sus abuelos desaparecidos frente a los asesinos. Tres generaciones que transfieren memoria frente a la Justicia.

En estos días volví a reordenar mi archivo, los papeles de mi abuelo, a leer los hábeas corpus rechazados, el testimonio de mi fallecida abuela en los Juicios por la Verdad, las cartas rogando al Episcopado, las denuncias a la OEA, etc. Pero me detuve en declaraciones de mis compañeros. Esos son los papeles de mi archivo que más me interesan: el archivo de los hijos testigos. Traté de recopilar los testimonios que estaban transcritos y los puse sobre la mesa. Los fui analizando uno a uno, clasificando por maneras de decir: declaraciones de hijos con fuerte impronta política, más de tipo intimistas, más historiográficas y detallistas. El laberinto de las palabras y las cosas. Cierta enciclopedia china de la memoria de las víctimas del terrorismo de Estado argentino. [...]

Pienso que esas formas del relato que asumen los hijos al declarar en los juicios van ingresando a las actas y se plasmarán como un antes y un después. Atravesamos un momento en el que si esto es posible, es porque un contexto social y político lo permite. Esta es la conquista de todos estos años, y el resultado es la voz diversa de los hijos como testigos.

Se puede pensar que los hijos testigos somos la estructuración de nuestra identidad a la hora de posicionar el archivo de la memoria individual frente a los jueces que, al fin, llegaron a escuchar ese reservorio biográfico que nos constituye como memoria colectiva, antes negada. El momento de declarar en los juicios, a esta edad en la que incluso superamos la edad de nuestros padres al ser secuestrados, constituye uno de los momentos más importantes para

nuestras vidas y para la Historia institucional. El momento de la declaración judicial como un punto de inflexión, como verdad pública ante años de ocultamiento e impunidad. Dado que los represores siguen en su pacto de silencio, quizás el momento de la declaración de los hijos sea uno de los hechos más radicales de los juicios por derechos humanos. Al hijo testigo lo pienso como una suerte de aullido generacional. La poesía después de la ex ESMA.

La búsqueda y construcción de una identidad dentro de los efectos del terrorismo de Estado llevan a la metáfora del detective de la historia, el armador de un rompecabezas que se posiciona como testigo (de la Historia). Mi generación es una generación de armadores de rompecabezas, una generación de detectives (políticos, jurídicos y literarios); por eso testigos de ese armado. Nuestra identidad es el conjunto de piezas sueltas que patearon las botas de los milicos al irrumpir en nuestras casas cuando teníamos pocos meses. Cada pieza que juntamos es una palabra, una caricia perdida; como un fémur, una tibia, la osamenta de un cuerpo que todavía no está y hay que salir a buscar, o reconstruir sobre el terror de la ausencia. La sensación de justicia es cuando el rompecabezas ya casi está armado. El hijo testigo es el momento de poner en funcionamiento la novela de nuestras vidas. La última pieza siempre falta.

La escritura o la vida. Pienso si el miércoles debo llevar algo así como un libreto armado a mi declaración. Creo que no. No quiero estar cómodo cuando declare, quiero sentir la adrenalina de estar ahí, y que mi cuerpo hable por mí. Llevo muchas voces guardadas que van a salir en el momento. Ese es mi archivo. Me confío. Llevo mi cuerpo. No voy ya como víctima. Voy a afirmar mi identidad.

Julián Axat, «El hijo y el archivo», en *Página/12*, Buenos Aires, 27 de mayo de 2014.

CORO ¿Quién es el hombre señalado por el oráculo que tiene las manos manchadas de sangre? Es hora de que huya con más brío que el de los tempestuosos caballos porque contra él se apresta el hijo de Zeus, Apolo, armado con el fuego y el relámpago y acompañado por las terribles Furias que no yerran el golpe. ¿Quién es el culpable desconocido?

¿Dónde están sus huellas?

Ciertamente, Zeus y Apolo son dioses clarividentes que conocen los hechos de los mortales. Pero no es cierto que un hombre, porque es adivino, pueda tener mejor criterio que otro. Nunca aprobaré lo que dice Tiresias si no lo veo justificado por los hechos. Edipo dio pruebas de su amor por la ciudad de Tebas cuando se enfrentó a la Esfinge, la doncella alada. Mi corazón nunca lo acusará de un crimen.

(Entra Creonte.)

CREONTE Ciudadanos, me he enterado de las acusaciones que Edipo ha pronunciado contra mí y me hago presente porque no puedo soportar esas palabras terribles. No quiero seguir viviendo si, en las circunstancias actuales, Edipo cree que yo he intentado perjudicarlo con palabras y acciones. Si esta ciudad me considerara un traidor sería para mí el peor de los daños.

CORIFEО Pero estas palabras salieron de la cólera, no del pensamiento.

CREONTE Dijo claramente que el adivino pronunció falsedades para obedecer a mis designios.

CORIFEО Sí, lo dijo, pero yo no sé con qué intención.

CREONTE ¿Y lo hizo con una intención correcta?

CORIFEО Yo no lo sé, porque no puedo atisbar lo que hacen los poderosos. Pero aquí está, saliendo de su palacio.

(Entra Edipo en escena.)

- EDIPO** ¿Cómo viniste hasta aquí, Creonte? ¿Cómo pudiste ser tan audaz y descarado para intentar arrebatarme la vida y el poder? Pero, por los dioses, ¿qué pensás que hay en mí?, ¿impotencia?, ¿incapacidad? ¿Creíste que yo no iba a descubrir tus artimañas, que no iba a defenderme de tus acciones? Sin amigos, sin riquezas, solo un loco puede pretender apoderarse del poder.
- CREONTE** En lugar de decir lo que has dicho, deberías escucharme y solo después juzgar.
- EDIPO** No hay duda de que hablás con habilidad, pero no quiero oírte porque he descubierto que te has convertido en mi enemigo.
- CREONTE** Escuchá primero lo que tengo para decirte.
- EDIPO** Pero no digas que sos inocente.
- CREONTE** Si te obstinás en creer en lo que decís sin someterlo al juicio de la razón, estarás equivocado.
- EDIPO** El que está equivocado es el que piensa que puede ultrajar a un familiar sin sufrir un castigo.
- CREONTE** Estoy de acuerdo en este punto. Pero no entiendo qué ultraje has sufrido de mi parte.
- EDIPO** ¿Quién me aconsejó que fuera a buscar al venerable adivino?
- CREONTE** Y ahora te aconsejaría lo mismo.
- EDIPO** ¿Cuánto tiempo hace que Layo...?
- CREONTE** ¿Que Layo qué?
- EDIPO** ¿...murió a manos de un asesino?
- CREONTE** Muchos años han pasado desde entonces.
- EDIPO** Y en ese tiempo... ¿ese adivino ya ejercía su arte?
- CREONTE** Era tan sabio y respetado como ahora.
- EDIPO** ¿Dijo algo de mí en ese momento?
- CREONTE** No, no lo dijo, o por lo menos no en mi presencia.
- EDIPO** ¿Pero ustedes no hicieron ninguna investigación acerca de esa muerte?
- CREONTE** La hicimos, por supuesto, pero sin resultado.
- EDIPO** Entonces... ¿por qué ese sabio adivino no dijo en ese momento lo que ha dicho hoy?

CREONTE No lo sé. Y sobre lo que no sé, prefiero callar.

EDIPO Pero ahora sabés bastante y podrías hablar con conocimiento.

CREONTE ¿Hablar de qué? Si algo supiese, no me quedaría callado.

EDIPO Tiresias nunca hubiera afirmado que yo era el responsable de la muerte de Layo si no lo hubiera acordado con vos.

CREONTE Si es como él dijo, lo sabrías por vos mismo. Pero ahora soy yo el que quiere hacerte unas preguntas como vos me las hiciste a mí.

EDIPO No voy a negarme a tus preguntas; con ellas no lograrás probar que soy el asesino.

Fabuloso almanaque de la vida

Elija diez fotos apaisadas en las que usted aparezca. Trate de que no sean retratos sino que incluyan a otras personas o un paisaje o un ambiente. Intente que sean imágenes tomadas en diferentes momentos de su vida. Todas las fotos deben tener el mismo tamaño.

Pegue cada una de las fotos en un cartón o cartulina: la superficie del cartón o la cartulina debe exceder dos centímetros por encima de la foto y tres centímetros por debajo, pero no debe sobresalir por los costados. Llamaremos tarjeta a cada uno de los resultantes.

Incluya arriba y debajo del grupo de diez tarjetas con fotos una tarjeta en blanco. En la de arriba, diseñe una tapa. En la de abajo, anote los detalles de la producción (lugar, fecha, agradecimientos, dedicatorias, etc.). Apile las doce tarjetas y anille el montoncito obtenido por el borde de arriba (donde dejó los dos centímetros).

Una vez anillado, pase la tarjeta en blanco con la tapa y, sobre la primera tarjeta con foto, trace dos líneas verticales que sean paralelas y equidistantes entre sí y de los bordes, y que abarquen toda la altura de la tarjeta.



Repita el procedimiento con cada una de las tarjetas que contienen fotos.

Cuando termine, usted tendrá, en cada tarjeta, una foto dividida en tres con un espacio al pie dividido, también, en tres.

En la primera sección de ese espacio escriba la fecha en la que fue tomada la foto, empezando siempre por «en» (en el invierno de 2006; en la tarde de un verano; en 1999; en el último día de agosto; en los quince de Ayelén; etcétera).


En la segunda sección escriba el lugar en la que fue tomada la foto, empezando también por «en» (en la plaza; en la casa de la abuela; en Mar del Plata; en la escuela; etcétera).

En la tercera sección describa su estado en la foto (feliz de la vida; preocupado por el futuro; comiendo un pancho; pateando la pelota).

Repita el procedimiento indicado para las tres secciones en todas las tarjetas con fotos.

Con tijera o trincheta, corte cada una de las tarjetas por las dos líneas trazadas en ellas.

Pase la primera sección de la primera tarjeta sin mover las otras dos secciones. Observe el efecto resultante.



Pase la primera sección otra vez y también la segunda, sin mover la tercera. Repita la observación.

A medida que vaya tomando confianza, pase las secciones a mayor velocidad e improvise combinaciones más osadas (por ejemplo, primera sección/quinta tarjeta; segunda sección/novena tarjeta; tercera sección/segunda tarjeta).

Deléitese con los 1.000 (mil) momentos que vivió y con los que no, pero que aparecen ahora delante de sus sorprendidos ojos.

(Idea tomada de Javier Sáez Castán y Miguel Murugarren, *Animalario universal del profesor Revillod. Fabuloso almanaque de la fauna mundial*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003. El libro se puede ver en <www.youtube.com/watch?v=pDieHwkYcl0>).

CREONTE Veamos entonces. ¿Estás casado con mi hermana, no es verdad?

EDIPO No es posible responder que no a esa pregunta.

CREONTE ¿Y ambos comparten el trono que gobierna este país?

EDIPO Nunca me negué a nada que ella quisiera.

CREONTE ¿Y no soy yo el tercero en el mando?

EDIPO Y justamente eso es lo que te convierte en un pérfido amigo.

CREONTE De ninguna manera, si lograrás reflexionar un poco. En primer lugar, ¿te parece que alguien preferiría reinar con miedo cuando de todas maneras puede gozar de los beneficios del poder? No está en mi deseo ser rey, sino gozar del poder de un rey como le gustaría a cualquier persona que sepa razonar. Hoy mismo, yo consigo lo que quiero de tu poder sin ningún temor, pero si yo fuera rey tendría que hacer muchas cosas contra mi voluntad. ¿Cómo va a ser mejor ser rey que tener el poder sin preocupaciones? No soy tan ingenuo como para buscar otra cosa que no sean honores y beneficios. Ahora todo es grato, todos me aprecian. Los que necesitan algo de tu poder me alaban ya que me necesitan. Entonces, ¿por qué voy a querer cambiar una cosa por otra? Una mente que razona bien no querría semejante cosa. Y si necesitas una prueba de esto, tendrás que ir a Delfos para comprobar si te comuniqué fielmente la respuesta del oráculo. Y si encontrás una sola prueba de que planeé algo en común con el adivino, no me condenarás a muerte con un solo voto; yo también votaré en mi contra. Pero no me hagas culpable de una sospecha incierta. No es justo considerar dignos a los malvados ni malvados a los dignos. A mi juicio, rechazar a un amigo leal es igual a desestimar la propia vida, lo que más se quiere. Con el tiempo te darás cuenta de esto porque solo el tiempo muestra al hombre justo mientras que al malvado basta un solo día para conocerlo.

CORIFEEO Creonte ha hablado bien. El juicio apurado nunca es seguro.

EDIPO Pero si alguien trama un plan y se mueve con rapidez, yo también debo hacerlo. Si espero serenamente, el plan terminará por cumplirse y yo estaré condenado al fracaso.

CREONTE Pero ¿qué es lo que querés? ¿Echarme de esta tierra?

EDIPO No; quiero tu muerte, no tu destierro.

CREONTE Antes deberás probar cuál es mi delito.

EDIPO ¿Acaso no vas a obedecer?

CREONTE No estás juzgando con sensatez.

EDIPO Sí, en lo que toca a mi propio interés.

CREONTE Pero también deberías pensar en el mío.

EDIPO Pero tu naturaleza es perversa.

CREONTE ¿Y si las cosas fueran de otra manera?

EDIPO A un rey se lo obedece.

CREONTE No, si es un mal gobernante.

EDIPO ¡Tebas, Tebas!

CREONTE También a mí me importa la ciudad.

CORIFEO Deténganse, señores. Veo que en este momento Yocasta sale del palacio. Ella podría dirimir esta discordia.

(Entra Yocasta.)

El yo es un producto de nuestros relatos

La creación del yo es un arte narrativo y, si bien debe seguir más los dictados de la memoria que los de la literatura de ficción, lo hace con dificultad. [...] La anomalía de la creación del yo reside tanto en su arribo del interior como del exterior. Su lado interior, como gustamos decir con mentalidad cartesiana, lo constituyen la memoria, los sentimientos, las ideas, las creencias, la subjetividad. Parte de su interioridad casi seguro es innata y originariamente específica de nuestra especie: como nuestro sentido de continuidad en el tiempo y en el espacio, el sentimiento de nosotros mismos al adoptar una postura, y así sucesivamente. Pero gran parte de la creación del yo se basa también en fuentes externas: sobre la aparente estima de los demás y las innumerables expectativas que derivamos muy pronto, inclusive inconscientemente, a partir de la cultura en que estamos inmersos. De hecho, respecto de estas expectativas, «el pez es siempre el último en descubrir el agua».

Por si fuera poco, los actos narrativos dirigidos a crear el yo son guiados típicamente por modelos culturales tácitos e implícitos de lo que este debería ser y, naturalmente, de lo que no debe ser. No se trata de que seamos esclavos, como advierten aun los más ortodoxos antropólogos culturales. Más bien, demasiados modelos posibles y ambiguos del yo son ofrecidos también por las culturas simples o ritualizadas. Y, no obstante, todas las culturas ofrecen presupuestos y perspectivas sobre la identidad, *grosso modo*, como compendio de frases hechas para hablar de nosotros a nosotros mismos o a otros, con una gama que va de lo espacial («La casa de un hombre es su castillo») a lo afectivo («Ama a tu prójimo como a ti mismo»). Pero estos preceptos para la creación del yo no son todos de una pieza: dejan amplio espacio para maniobrar.

A fin de cuentas, la creación del yo es el principal instrumento para afirmar nuestra unicidad. Y basta con reflexionar un momento para comprender que nuestra «unicidad» deriva de que nos distinguimos de los demás cuando comparamos las descripciones que nos hacemos de nosotros mismos con las que los otros nos brindan de sí mismos; lo que aumenta la ambigüedad. Nosotros siempre tenemos presente la diferencia que hay entre lo que nos contamos de nosotros mismos y lo que revelamos a los demás.

Por ende, hablar a los demás de nosotros mismos no es cosa simple. Depende, en realidad, de cómo creemos *nosotros* que *ellos* piensan que deberíamos estar hechos. Y cálculos por el estilo no terminan cuando empezamos a hablar de nosotros a nosotros mismos. Nuestros relatos creadores del yo muy pronto reflejan el modo en que los demás esperan que nosotros debemos ser. [...] Un advertido estudioso de la autobiografía ha propuesto la hipótesis de que los relatos del yo (por lo menos los del género de las autobiografías escritas) se modelan sobre un tácito *pacto autobiográfico* que rige qué conforma la apropiada narración pública del yo. Seguimos alguna variante de ella aun cuando simplemente nos contamos a nosotros mismos. En este proceso la identidad se vuelve *res publica* aun cuando nos hablamos a nosotros mismos. [...]

He afirmado que creamos y recreamos la identidad mediante la narrativa, que el yo es un producto de nuestros relatos y no una cierta esencia por descubrir cavando en los confines de la subjetividad. Y a esta altura está demostrado que sin la capacidad de contar historias sobre nosotros mismos no existiría una cosa como la identidad.

Jerome Bruner, «La creación narrativa del yo» (fragmento), en *id.*, *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

- YOCASTA** ¡Desdichados! ¿Cómo pueden discutir de esta manera cuando esta tierra sufre como está sufriendo? ¿No se avergüenzan de dar rienda suelta a sus rencores personales? Edipo, ¿no sería mejor que volvieras al palacio, y Creonte a su casa, para que esta situación no produzca un inmenso dolor?
- CREONTE** Hermana, tu esposo Edipo ha sentenciado cosas terribles contra mí. Se debate entre dos males. No sabe si expulsarme de la ciudad o matarme.
- EDIPO** Es verdad y lo afirmo porque lo sorprendí en una perversa conjura contra mí.
- CREONTE** Que muera maldito en este mismo momento si he hecho algo de lo que me culpás.
- YOCASTA** Por los dioses, Edipo, respetá el juramento que acaba de decir Creonte y también a mí y a los que te acompañan.
- CORIFEJO** Escuchá esas palabras, te lo ruego, Edipo
- EDIPO** ¿Qué podría hacer?
- CORIFEJO** Respetar a un hombre que nunca fue necio y que ahora ha proferido un juramento.
- EDIPO** ¿Acaso te das cuenta de lo que pedís?
- CORIFEJO** Sí, me doy cuenta.
- EDIPO** Entonces quiero escucharlo.
- CORIFEJO** Quiero que nunca acuses sin motivo a un pariente consagrado.
- EDIPO** Pero eso significaría mi muerte o mi destierro.
- CORIFEJO** ¡No, por el primer dios de todos los dioses, el sol! ¡Que muera sin dioses y sin amigos y de la peor manera posible si tuve ese pensamiento! Pero, desdichado de mí, si a los males que afligen esta tierra se agrega la discordia de ustedes dos.
- EDIPO** Está bien, que se vaya, aunque yo finalmente tenga que morir o ser expulsado violentamente de esta tierra. Pero no me apiado de él, ya que lo aborreceré donde se encuentre, sino que me apiado de tus palabras.
- CREONTE** Es evidente que continuás lleno de odio, pero estarás apenado cuando la furia haya pasado. Una naturaleza como la tuya está condenada a sufrir al soportarse a sí misma.

EDIPO ¿Pero no te irás de una buena vez?

CREONTE Me iré. Aunque ahora te resulto irreconocible, para los otros no he cambiado.

(Se va Creonte.)

Ingenio de la escalera

¿Cuántas veces después de una acalorada discusión se nos ocurren maravillosos argumentos, brillantes respuestas, impecables devoluciones en el tren, en el colectivo, en el subte, caminando lejos del lugar donde la discusión tuvo lugar? El «ingenio de la escalera» es una expresión francesa que describe el acto de pensar en una respuesta ingeniosa cuando es demasiado tarde para darla.

Intente recordar una de esas discusiones y las preciosas respuestas que se le ocurrieron cuando ya no había nadie para escucharlas y quedarse de una pieza.

Desarrolle aquí esa situación y no se prive de escribir ese remate increíble.

CORIFEO Mujer, ¿por qué no llevás a Edipo al palacio?
YOCASTA Porque quiero saber qué es lo que está pasando.
CORIFEO Un malentendido hizo nacer sospechas imprecisas; y toda sospecha, por imprecisa que sea, causa dolor.
YOCASTA ¿Los dos tuvieron la culpa?
CORIFEO Sí.
YOCASTA ¿Y qué dijeron?
CORIFEO ¡Basta! Esta tierra está sufriendo, dejemos las cosas como están.
EDIPO ¿Te das cuenta hasta dónde llegaste? Tus intenciones son buenas, y, sin embargo, no fuiste capaz de ayudarme.
CORIFEO Señor, te lo he dicho innumerables veces: sería un loco incapaz de razonar si te abandonara. Cuando esta tierra estuvo enferma, enderezaste su rumbo. Y ahora, otra vez, espero que seas un buen guía.
YOCASTA ¡Por los dioses, señor! Yo también quiero saber qué es lo que te ha hecho enojar tanto.
EDIPO Voy a decírtelo, esposa, porque te respeto mucho más que a todos los que están aquí. Todo proviene de Creonte: él ideó un plan contra mí.
YOCASTA ¿Y en qué consiste ese plan?
EDIPO Creonte afirma que yo soy el asesino de Layo.
YOCASTA ¿Y lo sabe por sí mismo o por boca de otros?
EDIPO Él no afirmó nada... pero mandó a un adivino para que lo dijera.
YOCASTA **Entonces no te atormentes más.**

No hay mortal que pueda entender el arte adivinatorio. Y voy a probártelo en pocas palabras. Hace tiempo, un oráculo –no diré que del propio Apolo, sino de uno de sus servidores– vaticinó a Layo que su destino era morir a manos de un hijo que nacería de mí. Sin embargo Layo murió –según se ha contado– a manos de unos bandidos extranjeros en el cruce de tres caminos. Y en cuanto al niño, cuando solo tenía tres días, Layo hizo que le ataran los pies por los tobillos y

que lo arrojaran desde lo alto de un monte. De modo que el niño no fue el asesino de su padre ni Layo murió a manos de su hijo como decían los oráculos. Así que no te preocupes por estas cosas, ya que si un dios cree que algo debe saberse, lo revela fácilmente.

EDIPO ¡Ay, mujer! Al escucharte mi alma se turba y mis sentidos se confunden.

YOCASTA ¿Qué es lo que te inquieta tanto y te tortura para hablar así?

EDIPO Me pareció haberte escuchado decir que Layo fue muerto en el cruce de tres caminos.

YOCASTA Eso se dijo entonces y se ha seguido repitiendo.

EDIPO ¿Y en qué lugar ocurrió esa desgracia?

YOCASTA Fócide se llama esa tierra. Allí se reúnen los caminos que vienen de Delfos y de Daulia.

EDIPO ¿Y cuánto tiempo ha pasado desde que aquello ocurrió?

YOCASTA La noticia se conoció en la ciudad poco antes de que detentaras el poder de esta tierra.

EDIPO ¡Ay, Zeus! ¿Qué va a ser de mí?

YOCASTA Edipo, ¿qué idea se agita en tu mente?

EDIPO No me hagas preguntas. Quiero saber de Layo. ¿Qué edad tenía? ¿Cómo era su apariencia?

YOCASTA Era alto; sus cabellos recién empezaban a encanecer y su aspecto no se alejaba mucho del tuyo.

EDIPO ¡Ay, desgraciado de mí! Parece que sin darme cuenta he arrojado sobre mí terribles maldiciones.

YOCASTA ¿Qué estás diciendo? Me da miedo, señor, mirarte a la cara.

EDIPO Estoy temblando de miedo; tal vez el adivino haya tenido razón. Pero quizás puedas aclararlo con unas palabras.

YOCASTA Yo también tengo miedo. Pero contestaré tus preguntas si sé la respuesta.

EDIPO ¿Layo viajaba solo o con una escolta, como suelen hacerlo los hombres que gobiernan?

YOCASTA Eran cinco en total y uno de ellos era un heraldo; Layo viajaba en un carro.

- EDIPO** ¡Ay! ¡Ay! ¡Todo se va aclarando! ¿Pero quién fue, mujer, el que contó todos estos detalles?
- YOCASTA** Un esclavo que fue el único que se salvó.
- EDIPO** ¿Y acaso no vive todavía en el palacio?
- YOCASTA** Ya no. Cuando volvió y vio que estabas ocupando el trono de Layo me suplicó, tomándome de las manos, que lo enviara al campo a cuidar los rebaños porque quería estar lejos de la ciudad. Y yo no dudé en hacerlo porque era un buen servidor.
- EDIPO** ¿Podría venir aquí inmediatamente?
- YOCASTA** Es posible. Pero ¿por qué quieres que venga?
- EDIPO** Temo haber hablado de más. Y esa es la razón por la que quiero verlo.
- YOCASTA** Lo llamaremos. Pero yo también merezco saber qué es lo que te atormenta.
- EDIPO** Ya lo sabrás. ¿En quién mejor podría confiar? Mi padre era Pólipo, rey de Corinto; y mi madre, Mérope, de Doria. Yo era el ciudadano más ilustre de ese lugar hasta que se produjo el suceso que te voy a contar. En un banquete, un hombre completamente ebrio dijo, llevado por el vino, que yo no era el verdadero hijo de mi padre. Me contuve con dificultad, pero al día siguiente pregunté por aquello a mis padres. Ellos se indignaron contra el que había lanzado esas palabras. Aunque esa actitud me consoló, sin embargo no pude alejar de mí la sospecha. De modo que, sin que mis padres lo supieran, me dirigí al oráculo de Delfos. Apolo no respondió a lo que yo preguntaba, pero en su lugar me anunció una serie de calamidades. Dijo que me convertiría en el marido de mi madre, que traería al mundo una odiosa descendencia y que sería el asesino de mi propio padre. Después de escuchar estas predicciones, yo decidí no volver nunca más a Corinto y –guiándome por las estrellas– marché hacia otros lugares para que no se cumpliera el horror que había anunciado el oráculo. Y en mi marcha llegué al lugar donde dicen que Layo encontró la muerte. Y voy a decirte la verdad, mujer.

Cuando llegué a la encrucijada de caminos, un heraldo y un hombre sobre un carro tirado por potros tal como el que describiste salieron a mi encuentro y quisieron apartarme con violencia del camino. Entonces yo golpeé al cochero que había querido atropellarme, pero cuando pasé junto al carro el anciano me dio en el medio de la cabeza con su pica de doble punta. Lo pagó caro. De inmediato, con esta mano le di un bastonazo y cayó a tierra. Quedó tendido. Después maté a todos. De modo que si ese extranjero pudiera haber sido Layo... ¿Qué hombre podrá ser más infeliz sobre la tierra que este que está ahora a tu lado? ¿Quién puede tener un destino más odioso? Ningún ciudadano ni forastero debe recibirme en su casa ni conversar conmigo. Todos deberán rechazarme y yo mismo he sido quien ha impuesto mi propia maldición. Y además mancho el lecho del difunto con las dos manos que lo mataron. ¿No soy, pues, un malvado, un monstruo de impureza? Si parto al destierro tampoco podré poner pie en mi patria ya que estaré forzado a unirme a mi madre y matar a mi padre, Pólipo, que me engendró y me crió. Antes de que caiga sobre mí esa mancha prefiero desaparecer de la vista de los mortales.

CORIFEO Efectivamente esto es inquietante. Pero conserva la esperanza hasta que llegue el testigo.

Trescientos sesenta y dos mil ochocientos ochenta

De entre todos sus retratos fotográficos, elija uno que tenga una sección cuadrada o que pueda volverse cuadrada sin que se pierdan detalles que considere importantes. Llamaremos a esto *retrato cuadrado*.

Divida un lado del retrato cuadrado en tres partes iguales, marcando dos puntos equidistantes sobre el lado, y trace desde ellos líneas perpendiculares a él.

Siga los mismos pasos en otro lado del cuadrado que sea consecutivo al anterior.

Realizados estos pasos, usted tendrá su retrato cuadrado dividido en una especie de tablero de ta-te-ti.

Siguiendo las líneas trazadas, recorte su retrato cuadrado. Usted obtendrá nueve cuadraditos.

Rearme el retrato cuadrado original y saque una foto.

Intercambie el lugar de dos cuadraditos y saque otra foto.

Repita este procedimiento todas las veces que se le dé la gana. Usted podrá obtener la friolera de

362.880 (trescientos sesenta y dos mil ochocientos ochenta) fotos sin repetir ninguna.

Preste atención a lo siguiente:

- Tenga la precaución de colocar la cámara o el celular en un punto fijo y solo hacer clic sin mover la cámara o celular, de modo tal que todas las fotos sean exactamente iguales con la mínima diferencia de un cuadradito cambiado de lugar.
- Cambie de lugar solo un cuadradito. Para eso, intercámbielo con otro, pero no mueva ninguno de todos los demás.

Cuando termine de sacar las fotos, anímelas en un programa de animación que puede ser el Movie Maker.

Como banda sonora, grábese diciendo su nombre de todas las maneras que se le ocurran: rápido, muy despacio, modulando, susurrando, riendo, gritando, comiendo, tosiendo. Con tono enojado, lastimero, felicísimo, aburrido, sorprendido, lloroso, festivo, robótico. Tapándose la boca, cambiando su voz con un papel, con un pañuelo. De lejos, de cerca, de muy cerca, acercándose, alejándose. Corriendo, levantándose, levantando algo pesado, tirándose para hacer una lagartija, haciendo la vuelta carnero para atrás. Puede usar también su o sus apodos.

- EDIPO** Es esa la única esperanza que tengo en este momento.
- YOCASTA** ¿Y por qué este hombre puede tranquilizarte?
- EDIPO** Voy a decírtelo. Si dice lo mismo que vos, yo ya no tengo que preocuparme.
- YOCASTA** ¿Y qué es lo que yo dije que pueda salvarte?
- EDIPO** Dijiste que el hombre que relató lo que había pasado mencionó varios bandidos. Si, en efecto, ese hombre vuelve a hablar de varias personas entonces yo no maté a Layo. Pero si dice que hubo un solo homicida, entonces el culpable soy yo.
- YOCASTA** El testigo no puede desdecirse de lo que dijo. No he sido la única que lo ha oído: toda la ciudad escuchó lo mismo que yo. Y aun si se apartase del relato anterior, tampoco podría demostrar que Layo fue muerto por mi propio hijo como había asegurado el oráculo pues él ya había muerto. Por lo tanto, en lo que se refiere al arte de la adivinación no podría haber acertado de ningún modo.
- EDIPO** Es cierto. Pero de todos modos hay que buscar a ese esclavo cuanto antes.
- YOCASTA** Lo haré de inmediato. Pero entremos al palacio.

(Edipo y Yocasta entran al palacio.)

La resistencia de Victoria

Hija de los desaparecidos Hilda Torres y Roque Montenegro, durante años se resistió a recuperar su identidad. Cuenta el proceso que todavía no termina –que tal vez no terminará nunca– y que la llevó a comprometerse con la militancia.

Hay una pregunta que la enerva; por tilinga, por simplista, porque cuando se la hacen sienten del otro lado la pretensión de allanar un camino por el que ella todavía escala y escarba. «¿Cuándo hiciste el clic?», escucha y emerge como un géiser ese carácter explosivo que está segura heredó de su mamá, Hilda Ramona Torres, de la que sabe tan poco, de la que tiene apenas unos cuantos relatos y una foto en la que se puede rastrear el mismo corte de cara de esta morocha locuaz y bien plantada que hace apenas un lustro aprendió a decir su nombre: Victoria Montenegro. No tiene por qué entenderlo, pero hay cierta lógica en quienes buscan un momento revelador, un hecho que irrumpa como una fractura entre esa joven avergonzada por «ser hija de la subversión» y este cuadro político que ahora, quinta candidata a diputada nacional por el Frente para la Victoria, funda su compromiso en «estar a la altura de mis viejos». Pero no hay clic, no hay una única revelación ni un momento de fractura; hay, en todo caso, una persistencia en reconciliar sus partes, una lenta digestión de la verdad: la de haber estado apropiada, cautiva, debiéndole la vida a otro, pagando por eso con su propia autonomía, su discernimiento, su lealtad ciega. Y hay, también, algunas imágenes ineludibles. Como esa que la asaltó una noche en el Hospital Militar, en un pasillo que conocía demasiado bien porque entre militares creció y se formó. Eran los últimos días de 2011 y ella acompañaba la agonía de María del Carmen Eduartes, la mujer que junto con el teniente

coronel Herman Tetzlaff la tomaron como botín de guerra, como objeto de un experimento que creían la última y más refinada batalla en el plan de exterminio de «la subversión»: secuestrar a sus hijos e hijas, criarlos con sus reglas, convertirlos en enemigos de sus verdaderos padres. «Había ido a buscar hielo para bajarle la fiebre, yo ya había sido candidata del FpV y mi cara se había visto por la tele. Me crucé con un hombre que me miró con odio y le sostuve la mirada hasta que la bajó, le devolví la vergüenza que yo había sentido otras veces. Cuando el tipo se fue me vi reflejada dos veces en una puerta de vidrio. Ahí estábamos las dos, la que había sido, María Sol Tetzlaff, y la que soy, Victoria Montenegro. Las dos cuidando a Mari. Le ponía el hielo en la frente y pensaba, “acá estoy, acompañándote, calmándote; mi madre no tuvo nada de esto”. Se murió en mis brazos. Por la enfermedad que tenía perdía mucho líquido, por los ojos, por la nariz, por la boca. Yo la sostenía y no podía dejar de asociar esa imagen con el ahogo de mi padre hundiéndose en el Río de la Plata después de caer de un vuelo de la muerte.» Victoria lloró a Mari, a ella que le cuesta tanto llorar, las lágrimas la asaltaron como una creciente. De algo más que de ese cuerpo se estaba desprendiendo entonces, justo cuando acababa de encontrarse con otro, el de su padre, Roque Orlando Montenegro, identificado por el Equipo Argentino de Antropología Forense en una tumba anónima en el cementerio de Colonia, Uruguay. Un cuerpo que mereció de la hija una sepultura construida con sus propias manos, hecha con piedras del río salteño en donde su papá se había bañado de chico. Un trabajo tan doloroso como feliz porque en esa lápida grabada sobre algarrobo se inscribía por fin su propia genealogía, esa con la que todavía se está encontrando.

Victoria Montenegro, como Juan Cabandié –primer candidato a diputado nacional en la misma lista que Vic-

toria-, como Horacio Pietragalla -diputado nacional-, son emergentes de la derrota de ese experimento de apropiación que Herman Tetzlaff reivindicaba como la última batalla. Son parte de una generación que llegó a la política ya avanzado el tercer milenio. «Por eso nuestro compromiso es distinto, es nuevo. Yo escucho cuando me dicen que la política siempre fue así o asá. Pero ahora no es siempre, ahora es hoy y este hoy es único», dice Victoria y se jacta de que en la agrupación donde milita -Kolina- hay muchos otros jóvenes que recuperaron su identidad. «Y no cualquier nieto, somos el ala dura de los nietos, a los que más nos costó recuperar nuestra identidad. Conmigo militan Gonzalo Reggiardo Tolosa -uno de los mellizos apropiados por el represor Samuel Miara, los mismos a los que Mariano Grondona expuso en su programa cuando eran niños para que digan cuánto deseaban permanecer con sus captores-, Ezequiel Rochinstein Tauro, que se hizo abogado para defender a su apropiador, Pablo Gaona Miranda y Fernando Sandoval. Ellos han ido viniendo solos; no sé, debe ser el color verde -que identifica a Kolina- que nos retrotrae a nuestra infancia», dice Victoria y deja que el humor la salve tanto como la salvan y la curan esos vínculos con quienes vivieron experiencias similares, esos pares sin los que ahora le sería imposible imaginar la vida. Todas personas liberadas de un sometimiento que no les permitía pensarse. Será por eso que de su militancia política, Victoria rescata como una gema «la transformación desde el respeto. Yo, cuando estaba apropiada, iba a un colegio de monjas y hacíamos colectas para caridad. Ahora no soporto la victimización del pobre, si para algo quiero trabajar es para que cada uno se reconozca como sujeto valioso, con derechos, con oportunidades, con autonomía».

La resistencia

De su infancia, Victoria recuerda ir acostada en el asiento de atrás del inmenso auto blanco de Herman Tetzlaff, un auto tan grande como el teniente coronel, un tipo de dos metros y 150 kilos al que ella miraba como si fuera un bronce. Los árboles del cuartel de Villa Martelli eran su paisaje preferido cuando veía la mañana boca arriba. Recuerda el cuento del buen soldado que había librado una guerra para proteger los valores nacionales en contra de la subversión extranjerizante y destructora de la familia. Recuerda también su propio entrenamiento. «El primer libro que leí se llamaba *El próximo será usted* y era un manual de consejos para defenderse de ataques subversivos.» Había de todo ahí, desde la recomendación de correr las cortinas cuando se estaba en casa hasta la de tener las armas limpias y cargadas. «Herman –Germán, pronuncia ella para referirse al apropiador fallecido en 2003– llevaba un maletín con cinco fierros, todos ordenados y listos para disparar. Cuando viajaba con él en el asiento de adelante yo llevaba el maletín sobre las piernas y no hacía falta que él me dijera nada, yo vivía tan aterrada de que le pasara algo que notaba cuando él miraba con desconfianza alguna esquina. Entonces, me agachaba para dejar la ventanilla libre y le abría el maletín para que él pudiera tomar las armas y disparar más rápido.» Nada de eso le llamaba la atención, la patria que le describía su apropiador era la suya y soñaba con ser militar ella también. De no ser por las pesadillas que sufría, por ciertos ataques de nervios que terminaban metiéndola bajo la ducha de agua fría o gracias a los golpes de la apropiadora –golpizas a látigo que terminaban con un helado como premio– nada la distinguía de esa familia forzada. Esas pesadillas terminaron recién en 2011, cuando pudo declarar en el juicio por el plan sistemático de apropiación de niños durante la dictadura militar y dijo por primera vez, en público y para que quede escrito, su

verdadero nombre. En ese juicio ella acusó al ex fiscal Romero Victorica de haber entregado información a Tetzlaff sobre el avance de la causa por la apropiación de Victoria y de haber puesto un grupo de abogados para eximirlo de la primera detención del represor, en 1992, que apenas duró tres meses. «En aquel momento yo entraba en la adolescencia, ya no tenía tan buena relación con Herman, pero que lo encarcelaran y la posibilidad de que me llevaran con una familia subversiva, como él me había dicho, me hizo acercarme mucho más. Tenía que demostrar que iba a estar a la altura de eso para lo que siempre me habían preparado. Resistir a la subversión. Porque yo creía que había habido una guerra con algunos muertos, que los desaparecidos estaban en Europa o en Cuba y que la guerra seguía ahora con comandos ideológicos como las Abuelas, que estaban preparadas para destruir a la familia argentina. Y de hecho me puse a la cabeza de esa lucha, fui a ver a cada juez, argumenté, no me preguntes qué, para que no me sacaran sangre. No pude evitar una primera extracción, en 1993, que dio como resultado que yo no era hija de Herman y Mari. En ese momento me quería cortar las venas, literalmente, no quería esa sangre adentro mío.» Victoria tenía dieciséis, ya se había casado y había parido al más grande de sus tres hijos, Gonzalo. Después de la primera detención de Tetzlaff y con la comprobación de que no era su hija biológica, en lo único que podía pensar Victoria era en que ese hombre al que ella llamaba *papá* no la iba a querer más. Porque era el enemigo, porque había llorado y demostrado debilidad –llorar, comerse las uñas y fumar eran debilidades inaceptables para el apropiador–, porque por su culpa lo habían encarcelado. Ahora sabe por qué «lloré la vida» cuando vio *Enredados*, la película de Disney en la que una princesa de pelo mágico solo quiere hacer lo posible para que la bruja que la secuestró la visite en su encierro y le demuestre un poco de cariño. «Toda esa parte en la que ella se libera y siente culpa por traicionar

a la que creía su madre hablaba de mí. Pero más lloré cuando Rapunzel –la princesa– se encuentra con sus padres. Porque esa parte a mí me faltó.»

A María Sol –Victoria todavía no había aparecido– le habían enseñado la lealtad y eso fue lo que puso en práctica. No permitió que le volvieran a sacar sangre para determinar su origen biológico, logró a fuerza de insistencia mejorar las condiciones de detención de su apropiador [...], supo acallar su primer ramalazo de conciencia cuando entendió que librándose de la extracción compulsiva no iba a saber nunca la verdad. Resistió a sus propias dudas, resistió que su apropiador le dijera que él mismo había matado a sus padres biológicos en un enfrentamiento y le entregara el arma que había usado como un homenaje, porque esa arma, se suponía, era la que había servido para salvarle la vida. Aplicó la lealtad aprendida para tragar ese argumento y sentirse más en deuda todavía. Ahora, cuando se le pregunta qué es lo que queda en ella de esa formación «castrense», ella reconoce algo: la capacidad de resistir. Y pone una anécdota como prueba: «Para mí siempre fue un alivio pensar que a mis padres biológicos los habían matado en un enfrentamiento. Me parecía lógico, dos partes en pugna y yo en el medio. Recién en 2011, cuando apareció el cuerpo de mi papá, *Toti* Montenegro, me di cuenta del tamaño de la mentira. Había estado tres meses secuestrado, en la partida de defunción dice que había sufrido muchas torturas, sobre todo en sus genitales. Eso fue insoportable, ya no se trataba de entender el error sino el horror. Y cuando viajé a Salta para contarle la noticia a mi familia paterna y el avión sobrevoló el Río de la Plata tuve un ataque de pánico. No podía soportar el ruido de las turbinas, ver el agua abajo, pensar qué pasa con el alma de una persona cuando se la tira desde el cielo. Y ahí apareció María Sol, con su capacidad de resistencia para decirme “no te queda otra, son dos horas, sentate, respirá y aguantá”. Me tranquilicé. No me quedaba otra, resistí».

La pared

«Aparecí en 2000, sí, aparecí, porque no recuperé mi identidad entonces y no sé si alguna vez la voy a recuperar del todo», dice Victoria. A su lado está Gustavo, su marido, su pareja desde los quince años aunque ahora entre los dos discutan si tenía quince o dieciséis, ya que su fecha de nacimiento estaba cambiada. El lento proceso de recuperar su identidad, de dar vuelta el relato de su historia lo hizo junto a él y junto a sus tres hijos, Gonzalo, Sebastián y Santiago, de veintiuno, diecinueve y catorce. «Es difícil porque los chicos te obligan a estar bien y no te podés dedicar a vos.» Ella tiene su método para los momentos de crisis: cambiar todo. Eso es lo que le propuso la vida y es lo que pone en acto como si no advirtiera la metáfora. «Cuando me siento muy mal me pongo a rasquetear paredes y cambio la pintura de toda la casa. O rompo todas las macetas que tengo y trasplanto todo.» Esa familia que ahora es una familia militante, que se enorgullece de la mamá candidata, que aprendieron a decir su nuevo nombre junto con ella, es la que fue abriéndole el camino para la lenta reparación de su historia. Si no hubiera sido por ellos, no sabe cuánto más le hubiera costado. Fue su marido el que la animó a encontrarse con su familia biológica después de un breve primer encuentro obligado por causa judicial. «Me acuerdo que cuando cayeron las Torres Gemelas mirábamos la televisión y yo le decía “mirá qué frágil es la vida, por qué no pensás en tus abuelos, en tus tíos, hoy están pero mañana capaz que no”», cuenta Gustavo, que fue por su cuenta a pedir a la sede de Abuelas de Plaza de Mayo ayuda para viajar a Salta [...]. Consiguieron los pasajes, la familia la convenció de viajar, aunque solo por tres días. Se terminaron quedando cuarenta, era el fin de diciembre de 2001 y el primer mes de 2002. «Para mí todo había sido siempre muy cerrado, mis apropiadores, mi hermana, mi marido y mis hijos. Hasta ese momento tenía unas pocas

amigas a las que les decía que era hija de la subversión para que no dejaran de quererme. Y nada más.» Y en Salta –de donde son su papá y su mamá– se encontró con una familia de cuarenta personas que había festejado sus cumpleaños en ausencia, que la abrazaban, que no tenían vergüenza de llorar. «Sin embargo estábamos sentados a una mesa y Gusti me decía, “mirá, esta mesa la hizo tu papá”, y yo me echaba para atrás y solo quería que se calle. Es que podía pensar en que tenía unos tíos nuevos, pero en el medio no había nada. Para mí la subversión era como una pared, no había cuerpos del otro lado, no había nada.» Todavía no había muerto Tetzlaff y ella sobre todo estaba destinada a protegerlo, a cuidarle las heridas de la diabetes, a mentir que era enfermera profesional porque él se lo había pedido para que nadie más que ella viera las plantas de sus pies diabéticos por las que se veían moverse los huesos. Si del otro lado de la pared no había cuerpos, hay cierta lógica en el arribo a la militancia de Victoria Montenegro cuando el cuerpo de su papá le fue entregado, cuando se comportó, según ella, por primera vez como hija, conteniendo a la familia, llevando a su padre a su último y acogedor destino en su tierra, entre los suyos.

«En estos años tuve que ir desarmando todo ese discurso del buen soldado que había armado para mis hijos. Para ellos no fue fácil porque Tetzlaff era su abuelo, [...] yo les había transmitido mi cariño por él. Nunca les conté, por ejemplo, cómo había agarrado a Gustavo del cuello la primera vez que lo vio conmigo, en un solo movimiento lo puso contra la pared y lo asfixiaba hasta dejarlo morado, lo dejaba respirar y lo volvía a asfixiar sin que se le moviera un pelo.» Pero ese joven al que había literalmente torturado fue persistente y además tenía un padre con una esvástica tatuada en el hombro, algo que para Tetzlaff fue una garantía. «Herman investigaba todo, espiaba todo. Tenía unos binoculares con los que me veía llegar desde tres cuadras

antes. Un día cambié el recorrido y recibí una cachetada que me dejó tiesa. Pero esa violencia estaba naturalizada. Y después los binoculares los usaba yo para ver a Gustavo de lejos, cuando ya sabía que iba a ser el padre de mis hijos.» Fue el más chico el primero que pudo decir «el abuelo era un hijo de puta» cuando leyó en Internet que era el mismo que había matado a sus abuelos biológicos. «Y el del medio asoció mucho más rápido que yo, cuando encontraron a mi papá en un cementerio de Colonia que entonces había sido víctima de los vuelos de la muerte.»

Gustavo todavía «practica» llamar a su esposa como Victoria, y lo consigue en el ámbito de la militancia. «Pero entre nosotros es Chicho, un sobrenombre de la infancia, y los chicos zafan, porque le dicen “mamá” y listo.» Victoria dice que se enojó una vez con la psicóloga del menor que le exigía que resolviera la contradicción de su nombre, que el niño decía que se llamaba tanto Victoria como María Sol o Hilda –el primer nombre que le puso su mamá–. «No te fascines con mi historia, no me pidas que resuelva eso, preguntale a Santi cómo lo resuelve y concéntrate en él», dijo la mamá haciendo gala de ese carácter explosivo que ahora cree saber de dónde viene. Y Santi lo resolvió tal como describe su padre, mamá es mamá, con su historia partida, con su búsqueda permanente.

La reparación

Hace cinco años la vida de Victoria Montenegro empezó a cambiar del todo. Ya no podía con ella misma, no toleraba más el encierro y decidió empezar a trabajar. «Es que por mi formación yo creía que el lugar de la mujer era adentro de la casa. Así me habían enseñado. Conseguí un trabajo en el Ministerio de Desarrollo Social. Y para mí fue impactante. Tenía como compañera a Norma Fisher, una mujer rubia y de

ojos celestes, como mi mamá, totalmente comprometida con su trabajo, activa. Era la primera vez que veía en acción a una mujer distinta al perfil de mujeres que conocía: mujeres que estaban en su casa o a lo sumo hacían obras de caridad.» Como si cambiara el color de las paredes de su casa, toda su actitud comenzó a cambiar. Su voz se hizo más firme, su discurso se afianzó, empezó a ampliar el universo cerrado de sus pocas relaciones. Faltaban todavía tres años para que se animara a la militancia, una tarea tan nueva como la certeza de que siempre va a convivir con esa imagen duplicada que vio en las puertas de vidrio de un pasillo de hospital. Aunque lentamente María Sol vaya cediendo espacio, aunque ahora entienda que no le debe su vida a nadie más que a quienes proyectaron su nacimiento como una manera de afianzarse a la vida. «Siempre me preguntan, sobre todo los periodistas extranjeros, qué recuerdos lindos tengo de mi infancia. Y ya no tengo ninguno. No puedo recordar ninguno más que anécdotas vacías. Lo único que agradezco de mi infancia es haberme criado con Horacito –Horacio Pietragalla–, Tetzlaff lo entregó a la señora que trabajaba en nuestra casa, la mujer que me cuidaba a mí. Y ese vínculo es invaluable. No me imagino la vida sin él como tampoco me imagino la vida sin ser Victoria.» Aquella pared de la que hablaba antes, esa que encerraba todo lo que había en su imaginario detrás de la palabra subversión, empezó a desmontarse. No solo porque sabe que con las mismas letras de pared se escribe la palabra padre. También porque en un momento entendió que podía ser libre desde que dejó de sostener a Tetzlaff como su padre, desde que se liberó de ese ahogo y se acabaron las pesadillas. Desde que dejó de ser María Sol para ser Victoria. Desde que dejó de ser una víctima para convertirse en una militante.

Marta Dillon, «La resistencia de Victoria», en *Página/12*, Buenos Aires, 11 de agosto de 2013.

CORO Ojalá que los dioses hagan que mi destino sea guardar la pureza, cuyas leyes han sido decretadas allá arriba, en los espacios celestes. Solo el Olimpo es su padre: la naturaleza caduca de los mortales no las ha producido y jamás el olvido las dejará dormir pues quien las anima es un dios poderoso que jamás envejecerá. La soberbia engendra al tirano; la soberbia en su afán desmesurado trepa hasta las más altas cumbres para precipitarse luego en los abismos de la fatalidad, de donde no puede salir. Yo suplico a la Divinidad que esta lucha para salvar la ciudad no se malogre: y por eso no dejaré de implorar la protección divina. Pero si alguien se conduce de manera arrogante, sin temor de la Justicia ni respeto a los dioses, que caiga sobre él un destino funesto. Si no obtiene sus ganancias lícitamente y no renuncia a las cosas impuras, ¿qué hombre puede apartar su espíritu de los dardos de los dioses? Si estos crímenes fueran honrosos, ¿para qué celebrar a los dioses con mis coros? Ya no veneraré más el centro sagrado del mundo que se encuentra en Delfos, ni volveré a los templos de los dioses si estas cosas no se cumplen como han sido señaladas para todos los mortales. Poderoso Zeus, soberano de todas las cosas, no dejes que esto escape a tu poder: los oráculos del antiguo Layo están siendo demolidos y Apolo es deshonrado abiertamente. Las cosas divinas se desploman.

(Entran Yocasta y sus doncellas trayendo guirnaldas de laureles y otras ofrendas.)

Autoentrevista

Recorra diarios y revistas en papel o digitales y seleccione 10 (diez) entrevistas.

Recorte y tire –si eligió una edición en papel– o borre –si eligió una versión digital– todas las respuestas.

Organice las preguntas según mejor le parezca (puede extraerlas al azar de una bolsita donde las haya puesto antes, recortadas; puede ordenarlas alfabéticamente, por tema, por magnitud, por... usted sabrá).

Entrevístese.

Responda a todas las preguntas concienzudamente.

Encabece su entrevista con un título fulgurante.

YOCASTA He decidido dirigirme a los templos de los dioses con guirnaldas y perfumes. Edipo se exalta demasiado y no es capaz de interpretar lo nuevo por medio de lo viejo sino que se deja llevar por pensamientos tristes y temores y se abandona a cualquiera que confirme sus sospechas pavorosas. Y como con mis consejos no he logrado nada, vengo con estos votos a los altares de Apolo para implorarle que nos libre de nuestras manchas. Todos, como marineros que ven alocado al piloto de su navío en peligro, temblamos hoy viendo a Edipo aterrorizado.

(Entra un anciano Mensajero.)

La pregunta



Ilustración de Isabel Vázquez (a partir de una idea de Kate Bors-
tein) publicada en Raquel (Lucas) Platero, *Trans*exualidades. Acompañamiento, factores de salud y recursos educativos*, Bar-
celona, Bellaterra, 2014.

- MENSAJERO** ¿Podrían decirme dónde se alza el palacio de Edipo o, mejor aún, dónde se encuentra él?
- CORIFE0** Está en su casa, extranjero, y aquí está su mujer, madre de sus hijos.
- MENSAJERO** Que sea feliz siempre junto al rey.
- YOCASTA** De igual modo, extranjero, lo merecés por tus gentiles palabras. Pero, ¿qué es lo que querés comunicarnos?
- MENSAJERO** Buenas noticias, para tu casa y para tu esposo.
- YOCASTA** ¿Cuáles son esas noticias? ¿De dónde vienen?
- MENSAJERO** De Corinto. Las noticias que traigo seguramente te producirán alegría. Pero quizás también te aflijan.
- YOCASTA** ¿Qué noticias son esas? ¿A qué se debe esa doble posibilidad?
- MENSAJERO** Los habitantes del país del Istmo quieren proclamar como rey a Edipo.
- YOCASTA** ¿Cómo? ¿El anciano Pólipo no está más en el poder?
- MENSAJERO** No, la muerte ya lo ha encerrado en la tumba.
- YOCASTA** ¿Ha muerto el padre de Edipo?
- MENSAJERO** Si no es cierto lo que digo, merezco la muerte.
- YOCASTA** (*a una esclava*). Esclava, es necesario que comuniqués rápidamente esta noticia a Edipo. ¿Dónde están ahora los oráculos de los dioses? Este era el hombre al que Edipo temía matar y ahora ha muerto por su propia suerte y no a manos de él.

(*Entra Edipo.*)

Salto narrativo

Elija de entre todas las ficciones narrativas (cuentos, novelas, series, películas, etc.) que le gustan, una que le guste muchísimo. Reléala. Revéala.

Tome unos metros de distancia y pegue un elegante y sutil salto que le permita meterse de lleno en el mundo de esa ficción sin alterarla demasiado... Intente lograr que parezca que usted siempre estuvo allí. Si lo logra, ahora usted -que es como es- forma parte de ese mundo; es uno de sus personajes.

Reescriba una o varias escenas de esa ficción narrativa con usted -que es como es- como personaje.

- EDIPO** Yocasta, mi muy amada esposa, ¿por qué me has hecho llamar?
- YOCASTA** Escuchá a este hombre y mirá dónde han quedado los venerables oráculos de los dioses.
- EDIPO** ¿Quién es este anciano y qué ha venido a decirme?
- YOCASTA** Ha venido de Corinto para anunciarte que Pólipo, tu padre, ha muerto.
- EDIPO** (*al Mensajero*). ¿Qué has dicho, extranjero? Necesito que lo repitas.
- MENSAJERO** Si es necesario, lo haré: Pólipo ha muerto.
- EDIPO** ¿A causa de una traición o de alguna enfermedad?
- MENSAJERO** Un contratiempo menor puede abatir a un hombre anciano.
- EDIPO** Entonces el desdichado murió a causa de una enfermedad.
- MENSAJERO** Y por sus largos años.
- EDIPO** ¡Ay! ¡Ay, mujer! ¿Por qué hemos de preocuparnos tanto por las profecías de Delfos? Las predicciones aseguraban que yo iba a matar a mi padre, pero ahora él yace bajo tierra y yo estoy aquí, sin haber tocado ningún arma. Solo si se hubiera muerto de pena por no verme yo hubiera sido la causa de su fin. Pero ahora Pólipo se ha llevado al Hades los vaticinios del oráculo.
- YOCASTA** ¿No te lo había dicho yo hace rato?
- EDIPO** Es cierto, pero dejé que el miedo me venciera.
- YOCASTA** Ya no permitas que estas cosas afecten tu ánimo.
- EDIPO** Pero... ¿cómo voy a dejar de temer los vaticinios sobre el lecho de mi madre?
- YOCASTA** ¿Por qué vivir en constante alarma si el destino de los hombres está gobernado por la suerte y nada puede prevenirse con certeza? Lo mejor es vivir como se pueda en manos de la Fortuna. Y que no te asuste tampoco la unión con tu madre, pues son muchos los mortales que en sueños han dormido con las suyas, y a quien estas cosas no inquietan más feliz pasará por el mundo.
- EDIPO** Todo eso estaría bien si mi madre no continuara con vida. Pero como efectivamente vive, tengo razones para sentir temor.

YOCASTA Pero la muerte de tu padre debe haberte aliviado.

EDIPO Sí, es verdad, pero siento miedo porque mi madre aún vive.

MENSAJERO ¿Quién es esa mujer que tanto te asusta?

EDIPO Mérope, la esposa de Pólipo.

MENSAJERO ¿Y por qué te asusta tanto?

EDIPO Por un oráculo espantoso que pronunciaron los dioses.

MENSAJERO ¿Y yo lo puedo conocer?

EDIPO Por supuesto que sí, anciano. Apolo predijo que yo me uniría a mi madre y derramaría, con mis manos, la sangre de mi propio padre. Por eso abandoné hace tiempo Corinto, donde vivía feliz.

MENSAJERO ¿Y por temor a ese oráculo te alejaste?

EDIPO No quería ser el asesino de mi padre.

MENSAJERO Pero mis noticias... ¿no te han librado de esos temores?

EDIPO Es cierto. Y te aseguro que serás recompensado.

MENSAJERO Eso es lo que esperaba que hicieras cuando volvieras a Corinto.

EDIPO Pero es que yo jamás volveré donde vive mi madre.

MENSAJERO Hijo mío, se ve que no te das cuenta de lo que estás diciendo.

EDIPO ¿Por qué, anciano? ¿En qué me equivoco?

MENSAJERO En pensar en no volver al hogar por esta causa.

EDIPO Tengo miedo de que el oráculo de Apolo sea verdadero.

MENSAJERO ¿Acaso te asusta cometer un sacrilegio contra tus padres?

EDIPO Sí, anciano, eso es lo que siempre me ha aterrorizado.

MENSAJERO Pero estos temores son injustificados.

EDIPO ¿Por qué injustificados? ¿No soy yo el hijo de esos padres?

MENSAJERO Pólipo no pertenece a tu linaje.

EDIPO ¿Qué estás diciendo, anciano? ¿No fue él quien me engendró?

MENSAJERO Tanto como yo mismo.

EDIPO ¿Cómo es posible?

MENSAJERO No fuiste engendrado ni por él ni por mí.

EDIPO Entonces ¿por qué él me llamaba hijo?

MENSAJERO Porque fuiste un obsequio que recibió de mis manos.

EDIPO ¿Y aun así me amaba tanto?

MENSAJERO No tenía hijos propios.

EDIPO ¿Me habías comprado o me habías encontrado por casualidad antes de entregarme a él?

MENSAJERO Te había encontrado en los bosques del Citerón.

EDIPO ¿Y por qué recorrías esos lugares?

MENSAJERO Cuidaba rebaños en la montaña.

EDIPO ¿Eras pastor?

MENSAJERO Sí, y fui también tu salvador.

EDIPO ¿Y yo tenía algún mal cuando me tomaste en tus brazos?

MENSAJERO Tus tobillos podrían atestiguarlo. Yo te desaté: tenías los pies hinchados. Por eso te pusieron el nombre que ahora llevás.

EDIPO Y entonces ¿quiénes fueron mis padres?

MENSAJERO No lo sé, quien te entregó sabe eso mejor que yo.

EDIPO De modo que no estabas solo cuando me encontraste.

MENSAJERO No, te recibí de otro pastor.

EDIPO ¿Quién era ese pastor?

MENSAJERO Se decía que era un servidor de Layo.

EDIPO ¿El mismo que fue rey de estas tierras?

MENSAJERO Sí, en efecto.

EDIPO ¿Vive todavía? ¿Puedo verlo?

MENSAJERO (*dirigiéndose al Coro*). Los habitantes de esta tierra pueden saberlo mejor que yo.

En una galaxia muy, muy lejana

INTERIOR. TORRE DE LANZAMIENTO - AFUERA DEL CENTRO DE CONTROL - EJE DEL REACTOR

Luke avanza hacia la baranda y el centro de control. Vader se lanza hacia él y Luke de inmediato levanta su sable de luz para enfrentar al de Vader. Vuelan centellas durante el duelo, mientras Vader va forzando gradualmente a Luke a retroceder hacia la torre de lanzamiento.

VADER

Perdiste. Es inútil que resistas. No te dejes destruir como hizo Obi-Wan.

Luke le responde girando hacia un costado y lanzando su sable contra Vader con tanta fuerza que le lastima el hombro. La armadura negra lanza chispas y Vader parece estar herido, pero se recupera de inmediato.

Luke retrocede a lo largo de la angosta torre de lanzamiento mientras Vader avanza, amenazando al joven Jedi con su sable. Luke se mueve rápidamente detrás de un panel de instrumentos conectado al fondo de la torre de lanzamiento. El sable de Vader cae sobre este, desconectando el panel de instrumentos que comienza primero a caer, luego es lanzado hacia arriba por el viento.

Luke mira al panel de instrumentos que se vuela. En ese instante, el sable de Vader cae sobre el antebrazo de Luke, cortándole la mano y desarmándolo de su sable. Luke aprieta su antebrazo bajo la axila opuesta, con intenso dolor. Camina al fondo de la torre de lanzamiento; Vader lo sigue. El viento se calma. Luke se mantiene erguido. No tiene cómo escapar.

VADER

No hay escape. No me hagas destruirte. No tenés idea de tu propia importancia. Recién empezás a descubrir tu poder. Unite a mí y yo terminaré de entrenarte. Con nuestra fuerza combinada podemos terminar con este conflicto destructivo y poner la galaxia en orden.

LUKE

¡Nunca me voy a unir con vos!

VADER

Si entendieras el poder que hay en el lado oscuro... Obi-Wan nunca te contó qué le sucedió a tu padre.

LUKE

¡Me contó lo que hacía falta! Que lo mataste.

VADER

No. Yo soy tu padre.

Luke mira a Vader azorado, sin poder creer lo que escucha.

LUKE

No. No. ¡No es verdad! ¡Eso es imposible!

VADER

Escuchá a tus emociones. Es verdad y lo sabés.

LUKE

¡No! ¡No! ¡No!

VADER

Luke: vos podés destruir al Emperador. Él lo ha vaticinado. Es tu destino. Unite a mí y podremos

gobernar la galaxia como padre e hijo. Vení conmigo. Es la única manera.

Vader enfunda su sable y extiende su mano a Luke.

Luke se calma y parece tomar una decisión. Salta de la plataforma de la torre de lanzamiento y cae al espacio. El Señor de la Oscuridad se asoma a la plataforma y mira a Luke caer a la distancia. El viento empieza a hacer volar la capa de Vader y una lluvia torrencial lo fuerza hacia atrás y lo aleja de la plataforma. El viento se calma y el Jedi herido comienza a caer rápidamente, sin que pueda agarrarse a nada que frene su caída.

George Lucas, *El Imperio contraataca* (1980), guión de Leigh Brackett y Lawrence Kasdan (fragmento) [traducción: Lorena Healy].

EDIPO *(dirigiéndose al Coro)*. ¿Hay entre ustedes alguien que lo conozca? ¿Alguien que lo haya visto en los campos o aquí mismo? **Díganme quién es porque es necesario develar este misterio.**

CORIFEO A mi entender, ese hombre no es otro que el que querías traer del campo. Pero aquí está Yocasta, que puede decírtelo.

Una lista

Complete los ítems que quiera de la siguiente lista. Puede completarlos todos. Tiene que asegurarse de completar por lo menos uno.

- a. Sus cinco libros favoritos.
- b. Los dos últimos libros que leyó.
- c. Sus cinco películas favoritas.
- d. Las dos últimas películas que vio.
- e. Su saga favorita.
- f. Su serie favorita.
- g. Su temporada favorita de su serie favorita.
- h. Sus cinco temas musicales favoritos.
- i. Los dos últimos temas musicales que escuchó.
- j. Su banda favorita.
- k. Sus cinco programas de radio favoritos.
- l. Su escritor o escritora favoritos.
- m. Su director o directora de cine favoritos.
- n. Sus tres lugares favoritos de la localidad en la que vive.
- ñ. Sus tres cuentas de Instagram favoritas.
- o. Sus cinco historietas favoritas.
- p. Su personaje literario favorito.
- q. Su personaje cinematográfico favorito.
- r. Su personaje de historieta favorito.
- s. Su personaje de una serie favorito.
- t. Su personaje de una saga favorito.
- u. Su foto favorita.

- v. Sus cinco blogs favoritos.
- w. Sus cinco periodistas favoritos o favoritas.
- x. Sus cinco twittersos o twitteras favoritos.
- y. Su película documental favorita.
- z. Su ítem favorito que no figure entre los anteriores.

Organice los resultados (que irán de dos a veintisiete) en el orden que mejor se acomode a su gusto (cronológico en su vida, cronológico en el mundo, alfabético, aleatorio, por cantidad de sílabas, por sorteo, por cantidad de palabras, por lanzar los dados, por anotarlos en un papelito y sacarlos uno a uno con los ojos cerrados, etcétera).

Lea la sucesión de esos resultados como un texto completo, autónomo, coherente, sin agregar una sola palabra. Usted estará frente a uno de sus autorretratos posibles.

Póngale un título.

Linkee cada uno de los resultados de cada ítem al producto cultural que menciona (al producto en sí, si es posible; si no lo es... a su reseña, presentación, alguna página que informe sobre él, etcétera).

EDIPO Mujer, ¿es posible que el servidor a quien queríamos traer sea el mismo hombre del que habla este anciano?

YOCASTA ¿Qué importa quién es? No te preocupes ni des más vueltas en vano a las cosas que te han dicho.

EDIPO No, no puede ser que yo, después de recoger tantos indicios, no pueda reconstruir mi nacimiento.

YOCASTA No lo hagas, por los dioses. Si en algo te preocupa tu vida, no indagues más. (*Aparte*) Ya es bastante lo que yo sufro.

EDIPO No te desanimes. Aunque yo fuera hijo y nieto de esclavos, nadie podrá humillarte.

YOCASTA **Sin embargo, no insistas, te lo suplico: no hagas nada por saber.**

EDIPO Nunca dejaré de buscar la verdad.

YOCASTA Te lo digo porque sé qué es lo mejor para vos.

EDIPO Desde hace mucho tiempo me atormenta lo que pensás que es mejor.

YOCASTA ¡Desgraciado! Ojalá nunca llegues a saber quién sos.

EDIPO (*al Coro*). ¿Pero es que nadie va a traer al pastor?

YOCASTA ¡Ay, desdichado! Nunca podré llamarte de otra manera.

(*Yocasta se marcha.*)

Usted está hablando de recuerdos

INTERIOR. OFICINA CORPORACIÓN TYRELL, SALA DE
JUNTAS. DÍA

*Un búho atraviesa volando la sala de extremo a extremo.
Podemos ver, a través de una ventana, el sol brillando y
bañando la arquitectura de la Corporación, que tiene un
estilo levemente egipcio.*

RACHAEL

*(mujer, aria, 25 años, delgada, nexus 6, vestida elegante-
mente con un vestido negro ejecutivo, aparece desde el
fondo de la sala).*

¿Le gusta nuestro búho?

DECKARD

¿Es artificial?

RACHAEL

Por supuesto que sí.

DECKARD

Debe ser muy caro.

RACHAEL

Mucho. Soy Rachael.

DECKARD

Deckard.

RACHAEL

Usted piensa que nuestra labor no beneficia al público.

DECKARD

Los replicantes son como cualquier otra máquina. Pueden ser beneficiosos o un peligro. Si son beneficiosos no son problema mío.

RACHAEL

¿Le puedo hacer una pregunta personal?

DECKARD

(sentándose).

Seguro.

RACHAEL

¿Nunca ha «retirado» a un humano por error?

DECKARD

No.

RACHAEL

Pero siempre corre ese riesgo.

Entra en la sala el Dr. Tyrell (55 años, delgado, estatura media, ropa formal elegante en colores vivos, lentes de gran espesor).

TYRELL

(apareciendo desde el fondo de la sala y acercándose a Deckard).

¿Hará una prueba de empatía? ¿Dilatación capilar de la reacción del sonrojo? ¿Fluctuación de la

pupila? ¿Dilatación involuntaria del iris?

DECKARD

Sí. La llamamos Voight-Kampff.

RACHAEL

Señor Deckard, el Dr. Eldon Tyrell.

TYRELL

Demuéstrémela. Quiero verla trabajando.

DECKARD

¿Dónde está el sujeto?

TYRELL

En una persona. Enséñeme una reacción negativa antes de una positiva.

DECKARD

¿Qué quiere probar con eso?

TYRELL

Complázcame.

DECKARD

¿Con usted?

TYRELL

Pruebe con ella.

Rachael dibuja una pequeña sonrisa en su cara.

DECKARD

Hay demasiada luz aquí.

El Dr. Tyrell activa un comando desde la mesa de la sala de juntas, y comienza a descender una opacidad sobre la ventana que nos dejaba ver el sol. Esto disminuye considerablemente la iluminación del lugar. Deckard comienza a preparar el instrumental para la prueba. Deckard y Rachael se sientan, mientras que el Dr. Tyrell queda de pie, replegándose en una esquina de la sala.

RACHAEL

¿Le importa que fume?

DECKARD

No afecta en nada la prueba.

Rachael comienza a encender el cigarrillo.

DECKARD

Le voy a hacer algunas preguntas. Relájese y contestélas en pocas palabras.

Vemos el ojo de Rachael a través del monitor de la computadora de Deckard.

DECKARD

Es su cumpleaños, le dan una cartera de piel de becerro.

RACHAEL

No la aceptaría. Y denunciaría a la persona a la policía.

Vemos el medidor de la respiración y otra toma del ojo de Rachael en el monitor.

DECKARD

Su hijo colecciona mariposas. Le enseña el jarrón con que las mata.

Vemos el iris de Rachael (no en el monitor) con cierto reflejo amarillento.

RACHAEL

Lo llevaría al doctor.

Deckard la mira fijamente por un momento. Vemos nuevamente el ojo a través del monitor.

DECKARD

Está viendo televisión. De repente ve una avispa en su brazo.

RACHAEL

La mataría.

DECKARD

En una revista se topa con una foto gigante de una chica desnuda.

RACHAEL

¿Está comprobando si soy una replicante o una lesbiana?

DECKARD

Solo conteste las preguntas, por favor.

Vemos a Tyrell sonreír, ufano.

DECKARD

Se la enseña a su esposo. Le gusta tanto que la cuelga en su dormitorio.

RACHAEL

No se lo permitiría.

DECKARD

¿Por qué no?

RACHAEL

Yo debería bastarle.

DECKARD

Una pregunta más. Usted está viendo una obra de teatro sobre un banquete. Los invitados están comiendo ostras crudas de entremés.

Vemos en la máquina un acercamiento pronunciado al iris de Rachael.

DECKARD

El plato fuerte es perro hervido.

Rachael no responde. Segundos después Deckard apaga su computadora y lo único que vemos es estática en el monitor.

TYRELL

Déjenos unos minutos Rachael.

Rachael sale.

TYRELL

Gracias.

DECKARD

Es una replicante, ¿verdad?

TYRELL

Me dejó impresionado. ¿Con cuántas preguntas los detecta normalmente?

DECKARD

No lo entiendo.

TYRELL

¿Con cuántas preguntas?

DECKARD

Con veinte o treinta. De referencia recíproca.

TYRELL

A Rachael le hizo más de cien.

DECKARD

¿Ella no lo sabe?

TYRELL

Creo que empieza a sospecharlo.

DECKARD

¿Sospecharlo? ¿Cómo puede no saber lo que es?

TYRELL

Nuestra meta, aquí en Tyrell es el comercio. «Más humanos que los humanos», ese es el lema. Rachael es un experimento, nada más. Descubrimos en ellos una obsesión extraña. Son inexpertos

emocionalmente, con solo unos cuantos años para almacenar todas sus experiencias. «Regalándoles» un pasado, creamos un amortiguador para sus emociones y los podemos controlar mejor.

DECKARD

Recuerdos. Usted está hablando de recuerdos.

Vemos a Deckard con rostro de sorprendido. [...]

INTERIOR. LOS ÁNGELES, APARTAMENTO DE DECKARD.
NOCHE

Vemos a Deckard en una habitación completamente oscura, solo entra luz por una ventana. Rachael está parada en el umbral de la puerta y entra.

DECKARD

¿Quiere una copa?

Deckard camina hacia el bar, una luz se enciende automáticamente cuando se comienza a servir un trago.

RACHAEL

Usted cree que soy una replicante, ¿no?

Deckard la mira y toma un sorbo del vaso.

RACHAEL

Mire... soy yo con mi mamá.

Rachael le da una foto a Deckard.

DECKARD

Sí.

Deckard comienza a quitar unas cosas del sillón y la mira. [...]

DECKARD

Implantes, no son tus memorias, son las de alguien más, son de la sobrina de Tyrell.

Rachael mira con tristeza y sin entender... suelta varias lágrimas que bajan por su mejilla...

DECKARD

Bueno. Fue una mala broma... hice una mala broma, usted no es una replicante, váyase a casa.

Deckard la mira y se levanta dirigiéndose hacia ella.

DECKARD

No, de verdad lo siento. Váyase a su casa.

Ridley Scott, *Blade runner* (1982), guión de Hampton Fancher y David Webb Peoples (fragmento) [traducción: Lorena Healy].

CORIFEO ¿Por qué, Edipo, se ha ido de ese modo tu mujer? Me temo que ese silencio en el que ahora se encierra estalle en calamidades.

EDIPO Me tiene sin cuidado. Quiero saber mi origen por humilde que sea. A Yocasta, sin duda, le avergonzará mi modesto linaje. Pero yo siempre me consideré hijo de la Fortuna, que me ha llenado de bienes, y no me siento deshonrado. Ella es mi única madre y el tiempo es mi hermano. Él me ha rebajado y me ha exaltado. Yo he nacido bajo ese signo y no voy a renunciar a descubrir mi propio origen.

CORO Si soy adivino y mi mente no se engaña, juro por el Olimpo que en la próxima luna llena el monte Citerón será celebrado, con nuestras danzas, porque es madre y nodriza de Edipo y trajo dones a nuestros reyes. Y también a Apolo les serán gratas mis súplicas. ¿Quién fue, hijo, tu madre? ¿Quién te dio a luz de entre las diosas bienaventuradas? ¿Una ninfa que se abrazó a Pan en los montes o, en los llanos, una amante de Apolo? O quizás fue Hermes, que reina en el monte Cilene, o Baco, que habita en las cimas rocosas. Quizás él te tomó de alguna de las ninfas del Helicón con las que retoza.

(Llegan dos servidores conduciendo a un viejo siervo.)

EDIPO Creo que por fin ha llegado el pastor que hace rato estamos buscando. *(Al Coro)* Pero ustedes lo conocen mejor que yo.

Lo que piensan de usted

Párese delante de un espejo.

Con un marcador indeleble grueso, dibújese en el cristal con el mayor detalle posible.

Coloque un papel blanco sobre la figura obtenida y cálmela.

En el papel, dentro de la figura escriba lo que usted piensa de usted.

En el exterior de la figura y con la intención de completar todo el espacio en blanco, escriba lo que usted piensa que se dice de usted.

Limpie el espejo con alcohol (salvo que quiera saber lo que se dice de usted).

CORIFEO Sí, lo conozco. Era uno de los pastores de Layo y muy fiel a su señor.

EDIPO (*al Mensajero*). ¿Este es el pastor que mencionaste?

MENSAJERO Sí, está ante tus ojos.

EDIPO (*al Pastor*). Anciano, espero que respondas a todas mis preguntas. ¿Fuiste servidor de Layo?

PASTOR Sí, fui un siervo criado en su casa.

EDIPO ¿Y qué hacías? ¿Cuál era tu ocupación?

PASTOR Casi toda mi vida fui pastor de rebaños.

EDIPO ¿En qué lugares solías apacentarlos?

PASTOR En el Citerón o cerca de allí.

EDIPO ¿Has encontrado alguna vez a este hombre en el Citerón o en otra parte?

PASTOR ¿De quién estás hablando?

EDIPO Del que está ahí, quizás lo has visto antes.

PASTOR No puedo contestar enseguida; mi memoria ya es lenta.

MENSAJERO No es raro que no recuerde. Pero yo lo ayudaré. Estoy seguro de que me ha visto en el monte Citerón. En ese tiempo él llevaba dos rebaños y yo solo uno. Vivíamos como vecinos desde la primavera hasta el otoño. En invierno, yo volvía a mis establos y él, a los de Layo. (*Dirigiéndose al Pastor*) ¿Es cierto, pastor, lo que estoy diciendo?

PASTOR Es cierto, pero de eso hace tanto tiempo...

MENSAJERO ¿Y recordás que me diste un niño para que yo lo criara como si fuera mi hijo?

PASTOR ¿Por qué esta pregunta?

MENSAJERO (*mostrando a Edipo*). Porque este es, mi amigo, aquel niño.

PASTOR ¡Que los dioses te confundan! ¿No vas a callarte?

EDIPO No te enojés con él, anciano, porque son tus palabras las que merecen un castigo y no las suyas.

PASTOR Pero... ¿cuál es mi falta, excelentísimo señor?

EDIPO No hablar del niño por el que te han preguntado.

PASTOR Pero él está hablando sin saber.

EDIPO O hablás por las buenas o hablarás a la fuerza.

PASTOR Por los dioses, no maltrates a un anciano.
EDIPO ¡Que alguien le ate las manos a la espalda!
PASTOR ¿Por qué? ¿Qué más quieren saber?
EDIPO ¿Le diste a él el niño que menciona?
PASTOR Sí, es cierto y ¡ojalá yo hubiera muerto ese día!
EDIPO Y eso pasará si no decís la verdad.
PASTOR Si la digo estoy perdido con mayor certeza.
EDIPO Veo que este hombre se pierde en dilaciones.
PASTOR No, ya dije que entregué a ese niño.
EDIPO ¿Era de tu familia o lo recibiste de otra?
PASTOR No era mío; me lo dio otra persona.
EDIPO ¿Quién?
PASTOR No, por los dioses, no lles más allá tus investigaciones.
EDIPO Estás muerto si tengo que repetirte la pregunta.
PASTOR Era un niño nacido en el palacio de Layo.
EDIPO ¿Era un esclavo o alguien de su linaje?
PASTOR ¡Ay de mí! Es horrible lo que tendría que decir.
EDIPO Y para mí también es horrible de escuchar. Pero a pesar de todo hay que oírlo.
PASTOR En verdad, se decía que era hijo de Layo. Pero tu mujer podría decirlo mucho mejor.
EDIPO ¿Es que te lo dio ella?
PASTOR Sí, señor.
EDIPO ¿Para qué?
PASTOR Para que le diera muerte.
EDIPO ¿Su propia madre pidió eso? ¡Desdichada!
PASTOR Fue por temor a oráculos funestos.
EDIPO ¿Qué decían esos oráculos?
PASTOR Que aquel niño debía matar a sus padres.
EDIPO Pero, ¿por qué se lo entregaste a este hombre?
PASTOR Por piedad, señor. Pensaba que este hombre se lo llevaría a otra comarca, pero no. Desgraciadamente lo guardó junto a él. Si sos el que él dice... tendrás que saber que has venido al mundo con un destino funesto.

EDIPO ¡Ay! ¡Ay! Todo está claro ahora. Luz, ¡te estoy viendo por última vez! Nací de los que no debía, he vivido con quien no podía y maté al que no debería haber matado.

(Edipo entra precipitadamente al palacio. Los dos pastores se marchan.)

CORO ¡Ay, las generaciones humanas son a mis ojos lo mismo que la nada! ¿Qué hombre no se ha ilusionado imaginando una felicidad que luego declina y lo conduce al infortunio? Al conocer el destino de Edipo no puedo considerar dichoso a ningún mortal. Su arco había lanzado la flecha más lejos que ninguno y había conquistado la felicidad completa. ¡Por Zeus! Edipo llevó a la perdición a la Esfinge, cantora de enigmas, con dedos en garra. Él erigió en nuestra tierra una torre contra la muerte y por eso fue honrado y proclamado rey de Tebas. Y hoy, ¿hay alguien más desdichado? ¿Quién en su misma casa sufre más el cambio de su vida? Edipo, el mismo puerto hizo encallar al padre y al hijo en el seno del mismo lecho. ¿Cómo los surcos sembrados por tu padre toleraron en silencio tu atroz simiente? El tiempo que lo ve todo finalmente te ha encontrado y condena tus tristes nupcias en las que el hijo es también el padre. ¡Ay, hijo de Layo, ojalá nunca te hubiera visto! Y sin embargo un día hiciste que pudiera vivir tranquilo y cerrar mis ojos.

(Llega un Mensajero que sale del palacio.)

Se dice de mí

Se dice de mí...
se dice de mí...
se dice de mí...
Se dice que soy fiera,
que camino a lo malevo,
que soy chueca y que me muevo
con un aire compadrón,
que parezco Leguisamo,
mi nariz es puntiaguda,
la figura no me ayuda
y mi boca es un buzón.

Si charlo con Luis,
con Pedro o con Juan,
hablando de mí
los hombres están.
Critican si ya
la línea perdí,
se fijan si voy,
si vengo o si fui.

Se dicen muchas cosas,
mas si el bulto no interesa,
¿por qué pierden la cabeza
ocupándose de mí?

Yo sé que muchos
que desprecian, comprar quieren
y suspiran y se mueren
cuando piensan en mi amor.
Y más de uno se derrite si suspiro
y se quedan, si los miro,
resoplando como un Ford.

Si fea soy, pongámosle,
que de eso aún no me enteré.
En el amor yo solo sé

que a más de un gil, dejé a pie.
Podrán decir, podrán hablar,
y murmurar y rebuznar,
mas la fealdad que dios me dio
mucha mujer me la envidió.
Y no dirán que me engrupí
porque modesta siempre fui...
¡Yo soy así!

Y ocultan de mí...
ocultan que yo tengo
unos ojos soñadores,
además otros primores
que producen sensación.
Si soy fiera sé que, en cambio,
tengo un cutis de muñeca,
los que dicen que soy chueca
no me han visto en camisón.

Los hombres de mí
critican la voz,
el modo de andar,
la pinta, la tos.
Critican si ya
la línea perdí,
se fijan si voy,
si vengo o si fui.

Se dicen muchas cosas,
mas si el bulto no interesa,
¿por qué pierden la cabeza
ocupándose de mí?

Francisco Canaro (música) e Ivo Pelay
(letra), *Se dice de mí* (1943), versión inter-
pretada por Tita Merello en la película *Mer-
cado de Abasto* (1955), de Lucas Demare.

MENSAJERO ¿Qué cosas van a oír, qué cosas van a ver los que aquí han gozado de las mayores honras? ¿Qué terrible será el duelo que deberán afrontar si todavía les preocupa la casa de Lábdaco? Creo que ni los ríos más caudalosos podrán purificar las lacras ocultas que pronto se mostrarán. No hay penas más tristes que las que nosotros mismos nos causamos.

CORIFEO Ya nos lamentábamos por lo que sabemos, ¿acaso vas a agregar algo más?

MENSAJERO La noticia es breve de decir y de escuchar. La divina Yocasta ha muerto.

CORIFEO ¿Cuál ha sido la causa de esa desgracia?

MENSAJERO Murió por su propia mano. Desesperada, atravesó el umbral, se precipitó en el lecho nupcial mientras se arrancaba el cabello con una y otra mano. Tan luego entró, cerró violentamente las puertas y comenzó a llamar a Layo, muerto hacía tantos años y recordaba también al hijo que ellos dos engendraron en nefasto día, ese que al padre debía dar la muerte y que hizo que ella diera, como frutos, hijos que no pueden ser hijos. Y gritaba al lecho en donde tuvo un hijo de su esposo e hijos de su hijo. Esta es la historia, pero no sé cómo es que ella murió, pues Edipo entró aullando al palacio y nuestra mirada se dirigió a él. Edipo iba de un lado a otro, mientras nos pedía una espada y nos preguntaba dónde estaba su mal llamada esposa, el campo del que brotó él mismo y sus hijos. Y en esa furia, un dios –porque no fuimos nosotros– se lo indicó. Con un terrible aullido se lanzó contra las puertas, rompió los cerrojos y se introdujo en la habitación. Allí vimos a su mujer colgando de cuerdas trenzadas. Edipo, lanzando terribles rugidos, aflojó el nudo de la cuerda. Cuando la desdichada quedó en tierra, fue horrible ver lo que vino después. Edipo arrancó los broches de oro que adornaban el vestido de Yocasta y los alzó para atravesarse los ojos gritando que no serían ya testigos ni de sus desgracias ni de sus delitos. «En las tinieblas», decía,

«ya no verán lo que no deberían haber visto ni reconocerán a los que no desearían reconocer». Mientras repetía estas cosas, golpeaba sus ojos. Sus pupilas ensangrentadas bañaban sus mejillas. No eran gotas chorreantes, sino una lluvia de sangre negra. Todos estos males se han cumplido por obra de los dos. El hombre y la mujer se han mezclado en desgracias; su antigua felicidad es ahora lamento, infortunio, muerte, vergüenza; no hay calamidad que tenga nombre que no se encuentre aquí.

CORIFEO Pero ahora... ¿no encuentra el desgraciado consuelo a su dolor?

MENSAJERO Grita para que se abran las puertas del palacio; quiere que todos los tebanos vean al parricida, al hombre que con su madre... pero no puedo repetir esas palabras impías. Quiere marcharse de esta tierra. No puede permanecer en el palacio ya que es maldito de la maldición que él mismo pronunció. Necesita alguien que lo ayude porque sus sufrimientos son muy terribles. Y nosotros lo veremos: ya se están abriendo las puertas del palacio. **Vamos a ser testigos de una escena que conmovería hasta a sus enemigos más acérrimos.**

(Entra Edipo, guiado por un servidor. Tiene el rostro ensangrentado.)



Me hablan

Elija un discurso célebre.

Reescríbalo como si hubiese sido escrito para usted.

Grábelo y escúchelo.

- CORO** ¡Qué sufrimiento más terrible tenemos que contemplar! ¡Qué espectáculo tan horroroso! ¿Qué locura se apoderó de vos, infeliz? ¿Qué dios te ha perseguido con males que sobrepasan el dolor humano? ¡Ay, desgraciado! Aunque quiero preguntarte por tus desgracias, no puedo mirarte: verte me hace estremecer de horror.
- EDIPO** (*a tientas*). ¡Ay, ay, desgraciado de mí! ¿Adónde llevaré mis desgracias? ¿Adónde me arrojará este terrible destino?
- CORIFEFO** A una calamidad inaudita, horrorosa.
- EDIPO** ¡Ay, tinieblas, nube abominable de mi oscuridad que has llegado a mí empujada por el viento del desastre! ¡Ay de mí! ¡Cómo me hacen sufrir mis heridas y el recuerdo de mis desgracias!
- CORIFEFO** No es de extrañar que sientas ese doble dolor. Tus heridas te lastiman tanto como tus recuerdos.
- EDIPO** ¡Ay, amigo! ¡No tengo otro servidor más que vos, el único que está dispuesto a ocuparse del ciego que soy! En la oscuridad todavía reconozco tu voz.
- CORO** Edipo, has hecho cosas tremendas. ¿Cómo te atreviste a arrancar tus ojos? ¿Qué dios te impulsó a eso?
- EDIPO** Apolo, sí, fue Apolo quien instigó estos horrores, pero no usó otra mano más que la mía. ¿Por qué iba a seguir viendo si nada grato se presentaba a mi vista?
- CORO** Es cierto.
- EDIPO** ¿Qué puedo seguir viendo con agrado, qué puedo escuchar con placer? Sáquenme de esta tierra cuanto antes; llévense al mortal al que más han odiado los dioses.
- CORIFEFO** Tu inteligencia y tu destino te han hecho desgraciado. ¡Cómo me hubiera gustado que nunca te hubieras reconocido!
- EDIPO** Ojalá muera el pastor que sacó los grilletes de mis pies, no hizo nada que haya que agradecer porque si yo hubiera muerto entonces, no sería ahora un dolor tan grande para mí y para mis seres queridos.
- CORO** Sí, ojalá hubieras muerto.

EDIPO No hubiera matado a mi padre, ni me hubiera convertido en el esposo de la que nací. Pero ahora los dioses me odian, engendré hijos con mi propia madre. No hay mayor mal que el mal que obtuvo Edipo.

CORO No sé si hiciste bien: quizás para vos sea mejor no existir que vivir ciego.

EDIPO Tus consejos ya no tienen sentido. ¿Con qué ojos hubiera podido ver a mi padre al llegar a la morada de Hades? Tampoco hubiera podido mirar a mi desgraciada madre. Los crímenes que he cometido contra ellos merecen algo peor que la muerte. Tampoco podría contemplar el rostro de mis hijos, nacidos como nacieron; ni a la ciudad, ni a las sagradas imágenes de los dioses. Yo mismo me privé de eso al proclamar que arrojen al impío al que los dioses revelaron impuro e hijo de Layo. Incluso debería cerrar también mis oídos para ser ciego y sordo a la vez, ya que es un alivio que el pensamiento se aparte de los males. ¡Ay, Citerón! ¿Por qué me recibiste? ¿Por qué no me mataste, así no hubiera tenido que mostrar a los hombres de quién he nacido? ¡Oh, Pólipo! ¡Oh, Corinto, al que yo llamaba mi hogar paterno! Ustedes me criaron con una belleza que ocultaba virulentos males. Ahora me doy cuenta de que soy vil y de que he nacido de viles. ¡Oh, triple camino, estrecho paso que bebió la sangre de mi padre vertida por mis manos! ¿Se acuerdan aún de mí? ¡Qué horribles acciones cometí ante ustedes y qué otras cuando llegué aquí? ¡Oh, uniones que me engendraron y que para volver a engendrar usaron la misma simiente!

Un padre, hermano de sus hijos; una mujer, madre y esposa de su marido... cuántas abominaciones tienen lugar entre los hombres. Pero basta de hablar de cosas de las que no se debe hablar. Vamos, ¡por los dioses! Escóndanme en un lugar lejano, entréguenme a la muerte o arrójenme al mar. Acérquense, no teman tocar a este hombre infeliz. No ten-

gan temor porque mis males son tan grandes que solo yo, entre los mortales, puedo soportarlos.

(Entra Creonte.)

CORIFEO Aquí justamente está Creonte. Él decidirá qué hacer ya que ocupará tu lugar como guardián de esta tierra.

EDIPO ¡Ay de mí! ¿Acaso puedo esperar algo de él? Sé que, no hace mucho, lo traté injustamente.

CREONTE No he venido, Edipo, ni a burlarme ni a reprocharte nada. Pero ustedes, tebanos, si no a los hombres, muestren respeto al sol soberano que nutre la tierra y no expongan este horror a su luz. Condúzcanlo al palacio: solo a la familia le está permitido ver y escuchar los males de la familia.

EDIPO ¡Por los dioses! Ya que el más noble de los hombres ha venido a ver al más vil, te pido que me concedas algo. Te lo pido en tu interés y no en el mío.

CREONTE Pero ¿por qué lo pedís de esa manera?

EDIPO Expulsame de esta tierra tan pronto como puedas.

CREONTE Ya lo hubiera hecho, pero antes quiero pedir consejo al dios.

EDIPO Su respuesta ya ha sido revelada. Hay que matarme a mí, al impío, al parricida.

CREONTE Así fue dicho, pero en la situación en la que estamos es necesario saber lo que hay que hacer.

EDIPO ¿Vas a consultar al oráculo por un hombre como yo?

CREONTE Así ahora por lo menos no dudarás de las palabras del dios.

EDIPO También quiero pedirte otra cosa. Quiero que te ocupes de dar sepultura a Yocasta, de esta manera cumplirás con los tuyos. En cuanto a mí, no dejes que esta ciudad, que es la de mi padre, me reciba alguna vez mientras viva. Déjenme vivir en los montes, en mi lugar, el Citerón. Mi padre y mi madre quisieron que él fuera mi tumba y allí moriré. Pero sé, sin embargo, que ni la enfermedad ni otra cosa van a consumirme, pues no me hubiera salvado cuando estaba a punto

de morir si no fuera porque debía cumplir un mal terrible. Por mis hijos, Creonte, no te hagas problemas porque ya son hombres y pueden valerse por sí mismos. Te pido, en cambio, que cuides a mis hijas, desgraciadas y dignas de lástima. Ellas siempre me acompañaron. Y permítame que las toque con mis manos como en otros tiempos cuando también podía verlas. Pero... ¿es que estoy escuchando llorar a mis dos niñas? ¿Creonte las hizo traer por compasión? Ellas son lo que más quiero.

(Entran Antígona e Ismene.)

CREONTE Sí, soy yo quien lo dispuso así.

EDIPO Ojalá seas feliz, Creonte, y que los dioses velen por vos mejor de lo que hicieron por mí. ¿Dónde están, hijas? Vengan aquí junto a mis manos; estas mismas manos que provocaron que ustedes vean de esta manera los ojos antes brillantes de su padre. Este padre suyo que sin saberlo fue el padre de ustedes en el mismo lugar en el que él fue sembrado. Lloro por ustedes, llorar es lo único que me queda cuando pienso en la vida que les espera. ¿Habrá alguna fiesta de la que no regresen con la cara cubierta de lágrimas en lugar de haber gozado de la celebración? Y cuando llegue el tiempo de casarse, ¿quién se atreverá a soportar estas infamias? ¿Qué desgracia nos falta? Su padre mató a su propio padre, labró los surcos de su madre donde él mismo fue sembrado y las tuvo a ustedes de aquella de la que él mismo fue parido. De este modo... ¿quién querrá casarse con ustedes? Nadie, hijas; tendrán que consumirse secas, estériles, sin marido. Creonte, hijo de Meneceo, no permitas que ellas que son de tu misma familia, vaguen en la pobreza sin marido ya que los dos que las engendraron ya están muertos. Te pido que tengas piedad de ellas, no tienen nada, salvo a vos. Tocame las manos como señal de asentimiento. Y a ustedes, hijas

mías, les daría muchos consejos si tuvieran la capacidad de razonar. Pero ahora solo ruego que tengan una vida mejor que la de su padre.

CREONTE Ya has llorado bastante, Edipo. Entrá al palacio.

EDIPO Obedeceré, aunque sea a disgusto.

CREONTE Todo es bueno a su tiempo.

EDIPO Pero... ¿sabés cómo me iré?

CREONTE Si me lo decís, me enteraré.

EDIPO Quiero que me envíes lejos de esta tierra.

CREONTE Eso solo puede concederlo un dios.

EDIPO Pero ¡si justamente soy el hombre más odiado por los dioses!

CREONTE Entonces, obtendrás pronto lo que querés.

EDIPO ¿Estás diciendo la verdad?

CREONTE No es mi costumbre decir lo que no siento.

EDIPO Entonces llevame lejos de aquí.

CREONTE De acuerdo, pero dejá a tus hijas.

EDIPO No, no me apartes de ellas.

CREONTE No quieras vencer en todo, pues los triunfos de tu vida no lo fueron al final.

(Edipo, guiado por Creonte, entra al palacio, seguido de sus hijas.)

Una foto con mi papá

«No tengo ninguna foto con mi papá.»

El motor inicial de *Arqueología de la ausencia*, la serie fotográfica de Lucila Quieto, es el deseo de esa foto inexistente e imposible (Carlos Alberto Quieto desapareció cinco meses antes de que naciera su hija), deseo que Lucila narra como una obsesión que la acompañó a lo largo de sus primeros veinticinco años.

Su búsqueda atravesó por distintas pruebas y experimentos: desde recortar y rearmar los rostros fusionados de su padre y su madre partiendo de sus respectivas fotos carnet hasta imaginar un frondoso árbol genealógico que incorporara las fotos de todos los desaparecidos y sus hijos. Un día, reprodujo en diapositivas las fotos que guarda de su padre y las proyectó amplísimas sobre la pared. Al principio, se retrató a sí misma mirando desde un margen exterior la imagen proyectada. Finalmente arriesgó la fórmula: «Lo que tengo que hacer, me dije, es meterme en la imagen, construir yo esa imagen que siempre había buscado, hacerme parte de ella».

Al colarse entre el proyector y la pared, el efecto fue prodigioso: cuando la piel se evidencia y se vuelve por un instante pantalla, o -mejor- soporte para que esas imágenes de otro tiempo se hagan cuerpo, ocurre el encuentro. En el registro de esa performance inesperada, se produjo «una imagen que los contenía (por primera vez) a los dos», padre e hija. Aparecieron sin preverlos: los gestos parecidos, las mismas poses, las resonancias familiares en la risa, la emoción, la mirada. Mis ojos son tus ojos. «Lejos de quitar las almas de los hombres, estas fotos las devolvían. Sucedió lo inverso que en 1976: aparecían.» «Lo que aparece entonces es como una revelación: algo de lo que se ve ha estado siempre en el espejo. Algo de lo que no se ve permanece



como una certeza mutante.» «Y vuelvo a pensar que solo desaparece lo que no deja huella.»

Una amiga de Lucila, también integrante de HIJOS, vio las fotos y pidió: «Yo también quiero tener una foto así». Siguieron otros. El procedimiento implicaba que hijas e hijos seleccionaran y prestaran esas fotos atesoradas de sus padres o madres violentamente ausentados, Lucila las pasara a diapositivas, y luego organizaran una sesión en la que se proyectaba la totalidad de las imágenes y se generaba el juego en el que el hijo o la hija, a veces hijas en plural, a veces incluso nietos, se integraran a la escena. Allí, en medio de esa escena, Lucila tomaba las nuevas fotos.

Fue por ese entonces que Lucila, la Tuta, puso un cartelito (con un dejo de humor característico) en el local de HIJOS que decía algo así como: «Si querés tener la foto que siempre soñaste y nunca pudiste tener, ahora es tu



oportunidad, no te la pierdas. Llamame». Se corrió la voz y fueron varios más los que pidieron su foto. Tras dos años de trabajo intenso, desde 1999 hasta 2001, Lucila Quieto realizó un total de trece «historias» (así las nombra ella) de hijos e hijas de desaparecidos fotografiados con sus padres y madres.

Fotos: Lucila Quieto, *Arqueología de la ausencia*, ensayo fotográfico.

Texto: Ana Longoni, «Apenas, nada menos. En torno a “Arqueología de la ausencia”, de Lucila Quieto» (fragmento), en *Ramona*, n° 97, diciembre de 2009.

CORO Tebanos, miren, este es Edipo, el que adivinó los famosos enigmas y fue el hombre más poderoso. Todos envidiaban su buena fortuna. Y ahora, en qué abismo de miserias ha venido a caer. **Nadie considere feliz a un mortal hasta que llegue su último día, hasta que llegue al fin de su existencia sin sufrir dolor.**



COLECCIÓN AUTOR/FECHA

Romano, Eduardo

Cortázar, 1963

Acerca de *Rayuela*

Piña, Cristina

Denevi, 1955

Acerca de *Rosaura a las diez*

PRÓXIMOS TÍTULOS

Vicente Battista

Walsh, 1957

Acerca de *Operación Masacre*

Oscar Conde

Charly García, 1983

Acerca de *Clics modernos*

Judith Gociol y Laura Cilento

Oski y Bruto, 1955

Acerca del *Medisinal Brutoski ilustrado*

u: unipe
editorial
universitaria

La colección *Intervenciones* nos propone leer un texto clásico en paralelo a otros discursos contemporáneos que lo interpelan, lo reformulan e invitan a reescribirlo. En *Edipo rey de Sófocles*, una versión íntegra de la emblemática tragedia griega se entrecruza con fragmentos de guiones cinematográficos, artículos periodísticos, galerías de fotos, ensayos psicológicos o consignas para crear textos autobiográficos que giren en torno al tema de la identidad. Al avanzar por estas páginas, usted saltará de los pasillos de un palacio de la antigua Tebas a los corredores de una nave intergaláctica. De las indagaciones de Edipo acerca de su origen, a la historia de una hija apropiada por el militar que asesinó a sus padres. De los grandiosos parlamentos de Yocasta, a una tira cómica sobre la identidad sexual. No estamos frente a asociaciones caprichosas sino ante un libro que reivindica a *Edipo rey* como la clase de obra que enriquece nuestro modo de ver el mundo y merece ser leída con un ojo en el presente, signo inequívoco de su condición de clásico.

u: unipe
editorial
universitaria

